héroes del ESPACIO

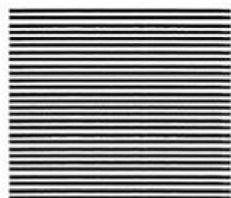
NOVELAS ECSA

GUERREROS DEL FUTURO

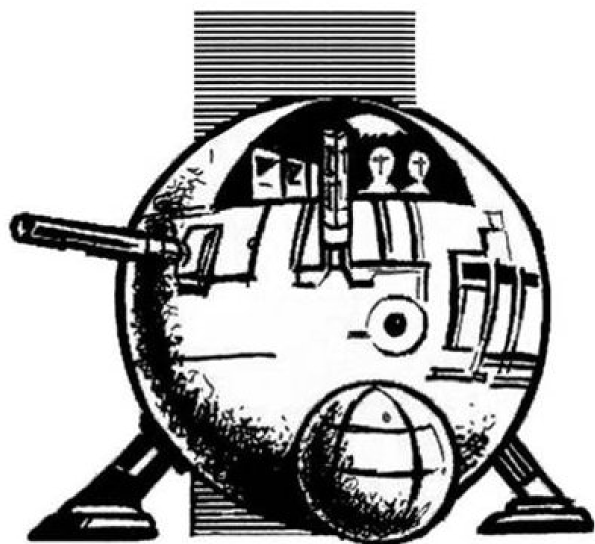
ROCCO SARTO



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

87.— *El hombre del mañana* — Law Space
88.— *Sobrevivir es ley* — Elliot Dooley
89.— *Asalto al Planeta Negro* — Rocco Sarto
90.— *El fin de un mundo* — Lucky Marty
91.— *El vórtice del tiempo* — Law Space

ROCCO SARTO

Guerreros del futuro

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 92
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 35.977 - 1981
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: enero, 1982

© **Rocco Sarto** 1982
texto

© **Antonio Bernal** 1982
cubierta

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Cualquiera diría que aquella gasolinera pertenecía a otra década y tendría razón. El letrero de neón indicaba que además de expender el preciado licor tecnológico también ofrecía comidas caseras y licor de avena.

El edificio del restaurante estaba ubicado a unos doscientos metros de la carretera comarcal y el polvo del desierto batía las ventanas y se colaba por los intersticios como un espía de imposible exterminio.

El local, a pesar del aspecto general de las instalaciones, estaba atestado.

Varias mesas de distintos orígenes se bamboleaban cada vez que algún osado camionero procuraba acuchillar el bistec como si se tratara de un enemigo duro y reacio.

La barra, remendada una y otra vez sobre su original revestimiento de cuero rojo, parecía ahora la única superviviente de un siglo glorioso, el siglo pasado.

Varias mujeres se acodaban en la barra y bebían sus cervezas con una delectación que provenía más del calor y el polvo reinantes que de su afán de seducir a nadie.

En un extremo, seis camioneros jugaban a los dados y berreaban como novillos borrachos cada vez que la suerte los favorecía o los abandonaba.

La luz que procuraba abrirse paso en la atmósfera cargada era amarillenta y persistente. El tufo de la cocina, el tabaco, el sudor y el perfume barato competían con las ráfagas de viento que cada vez que alguien abría la puerta se colaban en la estancia con su carga de hedores del desierto.

Sin embargo, nadie parecía intoxicarse con semejante polución.

Por el contrario, las risas y los comentarios groseros parecían demostrar que aquel agujero perdido era tan acogedor como un hogar bien avenido, cálido y bondadoso en la víspera de Navidad.

Rudy Jackson restregaba un vaso con un paño lo suficientemente mugriento como para infectar a un batallón de legionarios.

—Sírveme una cerveza con tequila, *negro*.

La palabra negro entró lentamente en su cerebro y fue digerida con sabiduría. Rudy Jackson era un veterano del Vietnam, alto, de complexión atlética, cráneo rapado y protuberantes maxilares barbados. Respiró hondo. Hacía seis años que había regresado de Indochina y todo lo que había conseguido eran empleos de mala muerte en sitios inhóspitos y un desprecio visceral por parte de los ilustres ciudadanos norteamericanos y su peculiar concepción de lo que significaba un veterano que ha regresado de una guerra vergonzosa. Sobre todo si el mencionado caballero es negro y su lengua muy afilada.

—¿Qué, negro, vas a servirme o empleo mi látigo? —dijo la voz, la misma voz.

Rudy estaba de espaldas a la barra. Levantó la vista y vio a un gigante pelirrojo apoyado en un tipo gordo y muy alto, que se cubría con un *Stetson* mugriento.

—Vamos, pequeño, date prisa —dijo el gordo—, mi amigo está impaciente.

—Aquí tiene, señor impaciente —dijo Rudy, y depositó la cerveza delante del pelirrojo.

—¿Has escuchado al fantasma, Tim? —preguntó el pelirrojo a su compañero.

—Lo he escuchado. Ya no se puede vivir en este país, Ron. Está lleno de drogadictos negros, prostitutas negras, chulos negros, homosexuales negros y bocazas negros.

Un silencio denso se hizo en el local. Los tíos que jugaban a los dados olvidaron sus risas y miraron hacia la barra.

Rudy continuaba secando los vasos de espaldas a los dos camorristas.

Desde la cocina llegó la voz de Doolitle, el dueño del establecimiento.

—Rudy, ven aquí.

Entró en la cocina por una puerta vaivén y se enfrentó al escuálido señor Doolitle.

—No quiero grescas en mi establecimiento, Rudy. Aprende a conservar la boca cerrada.

—Sí —replicó Rudy.

—Debes mostrar un poco de agradecimiento. Te he dado trabajo y…

—Sin sermones.

—¡No seas insolente!

—Escuche, Doolitle. Estuve cuatro años en Indochina pelándome el culo por tipos como usted y esos imbéciles de ahí fuera, matando como un robot a gentes mil veces más generosas y que además estaban en su propia tierra. No me hable de agradecimiento ni de tonterías. ¿Qué mierda me ha dado usted? Un cuartucho en el que convivo con cucarachas de todas las especies, mugre de siglos y gérmenes de las letrinas. Una comida miserable que no comerían ni las ratas del desierto y cuarenta dólares a la semana.

El rostro del escuálido señor Doolitle adquirió una tonalidad púrpura. Rudy lanzó una carcajada.

—¿Qué le ocurre, hombre? Ha vivido humillado en esta pocilga durante toda su asquerosa vida, no me diga que ahora le he ofendido.

—¡Negro! —chilló la voz en la cantina.

—Tranquilo, hombre. No tendrá más quejas de mí.

Rudy salió al salón atestado, desprendiéndose del delantal y arrojándolo a un rincón.

Se plantó delante de la caja registradora y cogió tres billetes de veinte dólares.

—¿Qué…? —preguntó Doolitle apareciendo tras él.

—Me cobro el trabajo de una semana y veinte dólares de indemnización. Por el trabajo insalubre, hombre. He tenido que aguantar imbéciles como éstos —señaló al gordo y al pelirrojo— y tragarme la bilis.

El pelirrojo estiró un brazo hacia él. Rudy alzó una jarra de vidrio que contenía medio litro de cerveza y la reventó sobre la mano que procuraba cogerlo.

El pelirrojo lanzó un alarido de dolor y recogió la mano ensangrentada.

Rudy saltó del otro lado de la barra y hundió el puño derecho en la barriga del gordo. El tipo se dobló y ofreció una curiosa perspectiva de su calva incipiente. Con el canto de la mano izquierda Rudy lo envió al país de las pesadillas.

Los camioneros que jugaban a los dados y algunos otros que se entretenían con las prostitutas se acercaron a él.

—Bien, bien, la raza blanca contra el gladiador negro —rio Rudy.

Metió la mano debajo de la camisa de dril que llevaba suelta y la sacó envolviendo el *Magnum* que siempre portaba en el cinturón, pegado a sus riñones.

—Intentadlo, corderos. Todavía no he visto cómo funciona esta máquina en un hombre, pero si ha partido en dos a un jabalí, creo que el espectáculo será interesante. Bien, ¿quién es el primero?

Comenzó a retroceder hacia la puerta, chocó contra ella, la abrió y sintió el viento helado del desierto que se apretaba a su espalda.

Cerró de un golpe y corrió hacia su cuarto. Rápidamente guardó sus escasas pertenencias en un viejo baúl, sobre las armas; puso el mamotreto sobre sus hombros y fue en busca de su coche.

El viejo Ford de siete años atrás tosió un par de veces antes de ponerse en marcha. Sin encender las luces del automóvil Rudy enfiló hacia la carretera. Al pasar frente al restaurante vio al pelirrojo que llevaba vendada la mano derecha y sostenía una escopeta de doble cañón en la izquierda.

Rudy apoyó el *Magnum* en la portezuela y apuntó. El cañonazo retumbó en el desierto como una explosión atómica y la bala blindada desintegró el letrero de neón que flameaba sobre la cabeza del pelirrojo.

Al tipo le faltó tiempo para echarse al suelo, la escopeta voló de sus manos y se hundió en el polvo.

El Ford se alejó con rapidez derrapando en los guijarros y alcanzó la carretera.

—Bien, Cooper, aquí voy —dijo Rudy y lanzó una carcajada.

El desierto se tragó las luces rojas posteriores como un gran fantasma negro, chato y voraz.

* * *

—¿Cooper?
—Soy Cooper.
—¿Tienes la pasta?
—No. Necesito más tiempo.
—No tienes más tiempo, muñeco.
—Pues entonces os quedaréis sin pasta, chicos.
—Tal vez, pero no vivirás para dar mal ejemplo.
—Adiós, chico —dijo Cooper y colgó el auricular.

Sabía que se había metido en un lío feo pero no le preocupaba en absoluto. Levantó la mirada y la clavó en el ropero que tenía frente a su desvencijado escritorio. Las puertas del ropero estaban empapeladas con inquietantes fotografías de muñecas de carnes duras y desnudas. Sus antecesores en aquella habitación eran adictos al amor fantaseado, o, lo que viene a resultar la misma cosa, al *voyeurismo*.

A través de la ventana podía apreciarse el paisaje cerrado y subterráneo del aparcamiento. Fantásticos coches alineados como si estuvieran pendientes de una voz de mando que los ordenara iniciar el desfile descansaban sus brillantes osamentas entre las columnas que sostenían el inmenso edificio.

Clark Cooper se puso de pie y se acercó al espejo amarillento que pendía sobre el pequeño lavatorio. Miró su rostro, los párpados caídos y la nariz rota de boxeador aficionado. Tenía una cicatriz circular, como una hoz, que nacía en mitad de su pómulo derecho y se prolongaba por la línea del maxilar inferior hasta perderse detrás de la oreja.

Pasó las yemas de sus dedos por la pálida línea de la cicatriz y pensó en Jackson. Habían hecho una sólida amistad en Vietnam. Jackson lo arrastró durante diez millas cuando aquella lanza de bambú salió disparada y le atravesó la cara. Pensó entonces que estaba liquidado, pero Jackson le quitó el cinturón y lo ató a su rostro como si padeciera un dolor de muelas. Aquel improvisado vendaje le salvó la vida, el aspecto de su rostro y le devolvió la confianza en la especie humana.

Habían sido grandes amigos. De regreso a esa entidad abstracta que denominan patria y que sólo sirve para que los candidatos políticos se llenen la boca durante sus campañas electorales, tanto él como Jackson se encontraron con la novedad de que no servían a

la sociedad que los había enviado a pelear en Indochina. Eran una especie maldita y nadie hacía nada por ocultarlo. Además no tenían ningún estudio específico, por lo que sólo consiguieron trabajos mal pagados, sucios, fatigosos y sin ningún porvenir.

En cualquier caso el porvenir no era algo que los preocupara demasiado por entonces, seis años atrás, cuando desembarcaron en Nueva York.

Se habían separado con un fuerte apretón de manos y habían vagado por la mitad de los estados de la Unión de trabajo en trabajo.

Dos veces al año se reunían para ir a cazar y volvían a separarse. Sabían que estaban vencidos, que nada les importaba demasiado y que eran demasiado honrados como para dedicarse a la delincuencia. Estaban perdidos y lo sabían, por esa razón evitaban encontrarse con mucha frecuencia. Cada uno leía en los ojos del otro su propio destino, y no le gustaba en absoluto aquella lectura despiadada.

Cooper miró la hora. En el reloj de la pared, donde las moscas hacían sus necesidades, descubrió que eran casi las doce de la noche.

Volvió a pensar en el lío en que se había metido y sonrió. Tarde o temprano tenía que caer. Nadie puede ganar siempre al póker si se mezcla con tahúres profesionales. Había tenido una buena racha en las carreras de caballos y duplicó sus ganancias en unas riñas de gallos clandestinas. Allí conoció a Al Baleno y participó en sus mesas de póker. Ganó durante dos semanas.

Miró su rostro y sonrió. La suerte le había proporcionado veinte mil dólares y decidió que no debía detenerse. Ganaría cincuenta mil dólares, iría en busca de Jackson y ya se les ocurriría qué hacer con aquel dinero. Estaba borracho de sueños. Durante una noche alcanzó a superar aquella realidad pestilente que vivía desde hacía seis años y pensar, por fin, en una posibilidad de escape. Cincuenta mil dólares significaban una puerta de salida.

Y entonces comenzó a perder. Y lo perdió todo más quince mil dólares que era la suma que ahora le reclamaban.

Levantó el auricular y marcó un número. La voz que respondió era áspera como una sierra de acero.

—Diga.

—Quiero hablar con Rudy Jackson.

—Ese negro de mierda ya no trabaja aquí, y si vuelve sólo se encontrará con su propio funeral.

—¿Cuándo se marchó?

—¿Quién es usted?

Cooper pensó con rapidez.

—Tiene una deuda conmigo —dijo entonces— y me gusta cobrar mis deudas.

Pudo percibir la satisfacción del tipo de la voz áspera.

—Pues no lo sé y créame que lo lamento. Me gustaría que ese hijo de perra recibiera una buena lección, una lección definitiva. Salió disparado hacia el noreste, es todo lo que puedo decirle.

—Gracias, pimpollo —dijo Cooper con sarcasmo y colgó el auricular.

Regresó a su escritorio y se sentó. Aguardaría a que llegaran los esbirros de Al Baleno y procuraría sacarles algún tiempo más de plazo. No tenía muchas esperanzas de conseguirlo, pero no iba a huir de ellos. Primero porque no iría muy lejos y segundo porque no le interesaba lo que pudiese ocurrirle. Durante algunos momentos se maldijo por no tener algún arma con él. Había bajado su maleta en la estación de la *Greyhound* y allí conservaba sus armas de soldado.

Se recostó en la silla y miró a su alrededor. Si los matones de Baleno se ponían rudos no iba a dejar que lo destrozaran sin luchar.

Cogió la barra de acero que utilizaba para desplegar el toldo de acceso al aparcamiento y encendió un cigarrillo.

Sobre su cabeza dormían millones de dólares bajo la forma de familias de la alta burguesía de Nevada y a su alrededor como una guardia de honor, los automóviles de esas gentes hacían más impactante su propia miseria.

Cuando aplastó el cigarrillo en el cenicero vio dos focos amarillos que descendían la rampa y se dirigían hacia él. Podía reconocer los coches por sus sonidos, sus ronroneos, sus focos y sus frenazos.

No recordaba aquellos focos amarillos, de modo que supo que se trataba de los esbirros de Al Baleno.

CAPÍTULO II

Ocultó la barra de acero tras el escritorio y encendió un nuevo cigarrillo. Tres tipos descendieron del coche que se detuvo ante la puerta de su casucha subterránea.

—Hola, muchacho —dijo el que parecía el jefe.

Era un tipo rectangular de rostro cuadrado y grandes manos cúbicas. Parecía capaz de todo y Cooper no lo puso en duda.

Los otros dos eran tan altos como el tipo rectangular pero no tan voluminosos.

—Baleno necesita su dinero, cachorro —dijo el jefazo.

—He hablado con ellos hace un rato. No tengo el dinero y necesito algo de tiempo para conseguirlo.

—Tiempo es lo único que no tienes, cachorro.

Cooper asió con fuerza la barra de acero oculta y decidió aguardar.

El jefazo se sentó en su escritorio y se echó el sombrero hacia atrás.

—No tengo nada personal contra ti, cachorro, pero no puedes andar por ahí dando mal ejemplo.

—Comprendo —dijo Cooper.

—Art —dijo el hombretón.

Uno de los esbirros metió la mano bajo la solapa de su traje a cuadros. Cooper se puso de pie y le asestó un golpe en el cuello antes de que la mano extrajera el arma. Con el mismo impulso alcanzó el hombro del jefazo y procuró salir de detrás del escritorio.

—Alto o te quemo —dijo el segundo esbirro.

Llevaba una pistola calibre 45 en la mano izquierda y parecía saber cómo utilizarla.

Cooper miró la barra de hierro y la dejó caer delante de sus pies.

El tipo al que había golpeado en el cuello estaba semiinconsciente y de su boca salía una baba amarillenta.

El jefazo se frotó el hombro y rio con expresión siniestra.

—Ahora tenemos algo personal contra ti, cachorro —dijo y lanzó un puñetazo al estómago de Cooper.

Había sido boxeador y tenía un cuerpo duro y entrenado, de modo que endureció sus músculos y encogió el cuerpo para digerir la coz, pero aquel puño cúbico le parecía un yunque impulsado por la fuerza de una locomotora y la mala intención de un matón iracundo.

Se dobló en dos e instintivamente giró la cabeza justo a tiempo para evitar que el segundo puñetazo lo decapitara. El jefazo le golpeó en el parietal derecho y Cooper sintió que se deslizaba hacia el fondo de un precipicio brillante colgando de un anzuelo sujeto a su cerebro.

Y entonces sintió un murmullo, un golpe seco y unas cuantas palabrotas.

Luchó contra el desmayo y asiéndose del escritorio intentó ponerse de pie.

Abrió los párpados pero todo lo que vio fue una luz amarillenta y algunas figuras borrosas.

Se frotó la cabeza, respiró hondo y entonces vio toda la escena con claridad.

El tipejo de la 45 dormía el sueño de los justos cruzado sobre su compañero, el que había recibido el mazazo.

Rudy Jackson había metido el caño de su *Magnum* en la boca del gigante rectangular y un hilillo de sangre escapaba entre los labios partidos del matón.

—¿Cómo te sientes, hermano? —preguntó el negro.

—Voy a vivir. ¡Cristo, es una bestia pegando!

El gigante se movió ligeramente y Jackson le apretó el cañón del revólver en la garganta, el tipo se ahogó pero no hizo ningún movimiento.

—Límpialo, Clark.

Cooper buscó en los bolsillos de los tres tipos y reunió sobre el escritorio tres pistolas de gran calibre, un par de navajas, dos porras y trescientos veinticinco dólares.

—¿Alguna idea en particular? —preguntó Jackson.

—Creo que debemos largamos de aquí, chico.

Jackson extrajo el *Magnum* de la boca del jefazo y lo golpeó en la frente.

Amarraron a los tres tipos y cerraron el cuartucho después de apagar las luces.

—Tengo el *jeep* listo y además hay una sorpresa para ti —dijo Cooper.

—¿Más sorpresas?

—Esta vez es una buena sorpresa. Verás, hombre, tuve una buena racha con las cartas y compré un par de cositas antes de que lo perdiera todo y más, mucho más.

—¿Los niños eran los encargados de ablandarte?

—Exactamente.

—Bien, ahora no tenemos más remedio que buscar nuevos horizontes.

Habían llegado junto a un *jeep* nuevo y equipado para excursiones de caza. Era un *Land Rover* de gran tamaño y sobre la baca, firmemente sujetas, Jackson vio dos motocicletas de motocross, flamantes.

—¡Cristo, son perfectas! —exclamó.

—Esta vez instalaremos un campamento en las montañas y no tendremos que caminar como beduinos.

—¡Fantástico!

—Bien, ahora hemos de pasar por la estación de la *Greyhound*. Tengo mis armas allí.

—Démonos prisa, hermano Cooper.

Se golpearon las manos con una sonrisa y treparon al *jeep*.

—¿Qué hago con mi *Ford*?

—Sígueme en tu coche, Rudy. Lo venderemos en el primer sitio que hallemos y compraremos víveres y cosas útiles. Nos largamos a las montañas por todo el tiempo que podamos soportarlo. ¿Vale?

—Sí, *Bwana*.

Jackson saltó del *jeep* y se deslizó tras el volante del *Ford*.

Salieron del aparcamiento a una avenida solitaria y ancha, flanqueada por edificios nuevos y precedidos por amplios jardines amurallados.

Un trueno lejano rodó hasta ellos y se hizo añicos contra las cúspides de los edificios para convertirse en una llovizna densa y

helada.

A diez kilómetros de la ciudad encontraron una compra-venta de automóviles abierta las veinticuatro horas del día. Un anciano de piel cuarteada por imperio de sus numerosos *tics* dedicó una buena media hora a estudiar el *Ford* y decidió que valía trescientos dólares.

—Es usted un viejo ladrón —dijo Cooper.

—Lo sé, pero podéis continuar viaje y vender el *Ford* en otro sitio. Encontraréis otros ladrones como yo y ocurrirá lo mismo.

El viejo abrió una boca desdentada y lanzó un gemido que Jackson interpretó como una sonrisa de triunfo y Cooper como un bostezo inoportuno.

—De acuerdo, vejete. Vengan los trescientos.

Tres horas más tarde, cuando una finísima línea amarilla indicaba que el día trepaba en el horizonte, se detuvieron en el aparcamiento de un supermercado.

Cuando reanudaron el viaje llevaban provisiones y gasolina suficiente como para cruzar los Estados Unidos sin necesidad de detenerse.

Cooper conducía el *Land Rover* mientras Jackson se ocupaba de limpiar y engrasar las armas.

—¿Cuál es el rumbo, capitán? —preguntó Jackson.

—Norte, vamos al norte en busca de montañas y sitios agrestes, cuanta menos gente encontremos mejor.

—Se avecina el mal tiempo —comentó Jackson.

—Sí, pero estamos bien pertrechados. ¿Sabes, Rudy? Lo bueno de este país es que es suficientemente grande como para poder desaparecer en alguna quebrada sin que nadie se ocupe de ti.

—Chico, estoy encantado de desaparecer. Sólo le encuentro una pega.

—¿Cuál?

—Necesitaremos alguna mujer de vez en cuando, ¿no?

—Eso también es lo bueno de este país, hombre. Hay mujeres por doquier, nos encargaremos del problema en su debido momento.

—¿Cuánto dinero nos queda?

—En total unos dos mil doscientos dólares. Suficiente para un largo tiempo en las montañas.

—Sí, eso creo.

Ya no volvieron a hablar, cada uno de ellos se enfrascó en sus propios pensamientos como si volviesen a nacer después de un doloroso parto de seis años de mezquindad, violencia y miseria.

Si todavía era posible para ellos, Jackson y Cooper eran felices.

—Vamos a Colorado, Jackson —dijo Cooper, interrumpiendo el silencio—. Seguiremos la cadena de las Rocosas y nos internaremos más allá de Grey Point, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo.

Grey Point es una encrucijada al pie de las Rocosas, en el estado de Colorado. Un sitio perdido en un paisaje de pinos y nieves blanquísimas, más allá del cual sólo existen algunas cabañas de guardabosques que sólo se ocupan en los meses de primavera y verano. Ahora, a mediados del otoño, Cooper y Jackson podían contar con una obligada soledad, asegurada por las tormentas y los caminos secundarios que se convertían en pistas imposibles de lodo y lluvia para luego sepultarse bajo toneladas de nieve.

—Hemos tenido suerte, Coop —dijo Rudy.

—¿Suerte?

—Imagínate que nuestros follones se hubiesen producido dentro de dos meses o dos meses atrás. Encontraríamos este sitio helado o lleno de gente. Ha sido una buena idea que el destino nos obligara a marcharnos precisamente ahora, a mediados del otoño.

—Sí, tenemos una buena relación con el destino, Jack.

Cooper jamás hubiese imaginado que sus palabras resultarían proféticas porque estaban iniciando una aventura que jamás hubiesen podido imaginar entonces.

* * *

Los días transcurrieron con rapidez mientras procuraban localizar el sitio más idóneo para instalar el campamento. Se alejaron de la carretera comarcal, que ya comenzaba a dar muestras de intransitabilidad, y por un sendero de animales llegaron a una caverna semioculta por la proyección de una comisa rocosa.

Introdujeron el *Land Rover* en la caverna y la exploraron a conciencia. Estaba vacía y tenía una pequeña salida de emergencia

a varios metros de altura.

Decidieron que el sitio era ideal y durante algunos días, montados en las motocicletas, enlodados como corredores de una competición infernal, exploraron los alrededores. El poblado más próximo, un racimo de casas de madera con techos a dos aguas, construidas alrededor de una fábrica de conservas, se hallaba a treinta kilómetros.

Jackson hizo un par de viajes hasta el poblado, Creek Alley, y regresó con suficiente gasolina como para el resto del otoño y todo el invierno.



Las nevadas comenzaron dos semanas más tarde y Jackson y Cooper sólo salían a cazar lo estrictamente necesario para comer. Un ciervo, debidamente congelado, podía durarles un par de semanas, y entonces se dedicaban a jugar con las motocicletas, a leer o escuchar música en el aparato de radio del *Land Rover*.

Hacía poco más de un mes que estaban allí cuando se desató el temporal. Por alguna razón que ninguno de los dos deseaba explicitar, se habían resistido a la tentación de bajar hasta Creek Alley en busca de esa promesa tibia y mercantil que anidaba en los rincones del único burdel del poblado.

El temporal los sorprendió durante la madrugada. El viento se colaba por la entrada de la cueva, felizmente obturada con un portón de madera construido por ellos mismos en prevención del invierno, y atravesaba con un silbido helado todo el paisaje de la gruta para escapar por el orificio de emergencia, también obturado a medias.

Aquella noche procuraron hallar calor junto al fuego, envueltos en sus prodigiosas bolsas de dormir y aguardar hasta el amanecer para decidir qué era más conveniente: continuar allí o largarse en busca de un sitio mejor.

El amanecer no les ofreció ninguna alternativa, la nieve se había amontonado junto al portón de madera y la salida de emergencia sucumbió bajo una avalancha de rocas y nieve.

Estaban atrapados y la radio había dejado de funcionar.

De momento no tenían nada que temer. Contaban con la comida, el agua y el calor suficiente como para resistir durante meses, pero ninguno de los dos se cruzaría de brazos en espera de la primavera.

Siete días duró el temporal, y cuando finalmente el sol venció a las nubes y el cielo se convirtió en un lago límpido y oxigenado, Cooper y Jackson estaban sepultados por una sábana de nieve blanquísima.

Decidieron abrir un túnel en la entrada principal y construir una vía de escape. Trabajaron con ahínco pero sin prisas durante varios días y cuando finalmente consiguieron salir a la luz del atardecer, el cielo estaba cubierto por una pátina amarillenta, artificial y espeluznante.

—¿Qué diablos ocurre aquí? —preguntó Cooper estupefacto.

El bosque de troncos pelados no parecía el mismo y la montaña en que se hallaba la cueva había alterado su morfología durante la tempestad.

—¿Hueles?

—Sí, es un olor fuerte y ácido —coincidió Cooper.

—Chico —comentó Jackson con una sonrisa nerviosa—, siento como si fuésemos los únicos sobrevivientes de una guerra atómica.

Cooper no replicó. Él había sentido lo mismo.

—Sea lo que fuere que ha sucedido creo que lo mejor será aguardar hasta mañana antes de echar un vistazo por los alrededores.

—De acuerdo —convino Cooper.

—Creo que deberíamos disimular la entrada de la cueva y preparar las armas.

—¿Por qué?

—Porque no estará de más hacerlo, hombre.

Cooper sintió que Jackson le inculcaba otra vez un sentimiento largamente sepultado. El instinto de supervivencia que los había alimentado en Vietnam.

Se durmieron muy tarde, abrazados a sus armas, velando por una idea fantástica que crecía en sus cerebros alarmados.

Ninguno de los dos podría adivinar, al menos durante aquella noche, hasta qué punto sus fantasías coincidían con la tétrica realidad.

CAPÍTULO III

El amanecer los sorprendió con las pupilas dilatadas, los músculos tensos y una sensación de alerta general como hacía años no experimentaban.

—¿Has dormido algo? —preguntó Rudy, y su rostro moreno de grandes y pesadas mandíbulas parecía una máscara de músculos tejidos por un artesano torpe.

—Algo —replicó Cooper.

—He estado pensando, Coop.

—No hemos oído ninguna explosión atómica —procuró bromear Cooper, como si de ese modo pudiese exorcizar la certeza de que algo infernal había acontecido más allá de la caverna.

—Hablo en serio, hermano.

—Escúpelo, hombre.

—Escúchame con atención y dime si no estoy en lo cierto. Primero, la radio del *Rover* dejó de funcionar sin causa aparente, la batería está cargada y tú examinaste el aparato.

—Continúa.

—La tormenta duró demasiado y pudimos escuchar el aullido del viento y el tumulto de los truenos hasta que la nieve cubrió por completo la caverna.

—Sí.

—Bien, hemos estado aquí dentro durante el tiempo suficiente como para que haya podido ocurrir cualquier cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Clark Cooper, y un nervio se agitó involuntariamente a lo largo de la cicatriz que flanqueaba su pómulo.

—Es lo que vamos a ir a averiguar enseguida —dijo Rudy poniéndose de pie.

Cooper lo imitó.

Se abrigaron con los trajes especiales que habían adquirido; una chaqueta hasta media pierna con capucha y cubierta de grandes bolsillos, forrada con plumas de ganso y pantalones del mismo tipo enfundados en botas para nieve.

—No olvides las gafas y los binoculares —recordó Cooper.

Rudy cogió los prismáticos del ejército y se colocó las gafas ahumadas. El reflejo de la nieve en los ojos descubiertos puede resultar peligroso.

—No podremos emplear las motocicletas, la nieve es blanda y además haríamos mucho ruido.

—Utilizaremos el pequeño trineo para bajar y luego subiremos andando.

—Bien, vamos, ya estoy suficientemente intrigado como para morderme los codos.

—Siempre has sido un tío impaciente, Cooper.

Salieron de la cueva a una mañana silenciosa y blanca. Los árboles tenían una tonalidad grisácea y las hojas parecían petrificadas.

El cielo había perdido la tonalidad amarillenta de la noche anterior, pero todavía conservaba una pigmentación que ninguno de los amigos podía reconocer.

La atmósfera tenía un ligero tufillo ácido.

—¿A qué diablos huele? —preguntó Cooper.

—No lo sé, parece como si algo se hubiese quemado.

Se sentaron sobre el trineo y Cooper lo impulsó para iniciar el descenso ladera abajo. Las poderosas manazas de Rudy Jackson aferraban el timón-guía y conducían el trineo obligándolo a una ruta zigzagueante para impedir que adquiriera demasiada velocidad.

—Escucha, evita las carreteras. Busca un buen sitio para echar un vistazo al pueblo. ¿De acuerdo?

—Eso había pensado, Coop.

Descendieron con precaución por entre los pinos grises y fueron aproximándose al límite de la gran comisa que se abría cómo una terraza sobre el valle.

—Detén el trineo, Rudy.

—¿Qué ocurre?

—Escucha, escucha con atención. ¿Oyes algo?

—No, nada. ¿Por qué?

—Precisamente, Jackson, no hay ningún sonido. Ni pájaros, ni ladridos de perros, ni aviones en la distancia, ni coches ni trenes ni nada, nada de nada.

Jackson sintió una corriente fría en el espinazo.

—No me gusta nada —dijo con su voz de alarma.

—Ten las armas listas, vamos a bajar a Creek Alley.

Ocultaron el trineo y se aproximaron al extremo de la comisa. Las piernas se hundían hasta las rodillas en la nieve blanda y la marcha era lenta y fatigosa.

—¡Cristo Santo! —exclamó Cooper.

Jackson miró por sobre su hombro y vio el poblado sumergido en aquella coloración amarillenta que los había sorprendido y alrededor de ella la furia de la tormenta. Era como si el pueblo y sus inmediaciones, incluyendo la caverna donde ellos se habían instalado, hubiese quedado aislado artificialmente de la borrasca de nieve y viento que a su alrededor proseguía con la misma violencia de algunos días antes.

—No lo entiendo, Coop.

—Tal vez no se trate de una guerra atómica, amigo, sino de una invasión extraterrestre.

Cooper pronunció estas palabras consciente de que eran ridículas; sin embargo, frente a aquel espectáculo increíble no parecían tan desatinadas.

—¿Extraterrestres? —repitió Rudy con torpeza, mirando el pueblo a varios kilómetros de distancia, en el centro del valle.

—Dame los prismáticos, Rudy.

Jackson le entregó los binoculares y Cooper buscó el poblado en las lentes poderosas.

—¿Ves algo?

Cooper parecía paralizado.

—Dime, ¿ves alguna cosa? —insistió Rudy.

Por toda respuesta, Cooper le entregó los prismáticos.

Allí, a sus pies, como si no estuviera a más de un par de metros de distancia, Jackson tuvo un primer plano de la calle principal de Creek Alley.

En el centro del pueblo había un artefacto cilíndrico y oscuro

que debía medir algo más de cincuenta metros de altura. En el tercio superior se ensanchaba hasta formar una especie de platillo acristalado y luminoso. No se veía ninguna figura humané o animal. Sólo aquel prodigioso ingenio clavado en la nieve.

El frío era intenso, y aunque por algún medio que ellos ignoraban los invasores habían conseguido aislar el poblado de la furia de la tempestad, no habían erradicado el frío que parecía cada vez más brutal.

—Tenemos que ir allí y ver qué está ocurriendo.

—Cooper, escúchame, antes de bajar tendríamos que averiguar si podemos salir de este… de este paisaje artificial en el que nos hallamos metidos. Creo que deben haber formado una especie de campo magnético o algo por el estilo que aísla toda el área de la tormenta. La cuestión es averiguar si podemos salir.

—Sí, tal vez sea lo más indicado —convino Clark.

—Podemos ir en busca de las motos y llevarlas en el trineo hasta la carretera que conduce al pueblo, allí no hay tanta nieve.

—Vamos, pongámonos en movimiento, Jackson.

Se sentían desconcertados, pero eran guerreros y como tales organizaban su estrategia casi mecánicamente, como si el enemigo fuese algo real, tangible, conocido y natural y no aquella nave extraña en medio de un pueblo desierto.

Regresaron a la cueva, cargaron una de las motos en el trineo y, procurando permanecer ocultos a una supuesta visual desde el pueblo, descendieron hasta las primeras estribaciones de la ladera y por ende hasta la cinta sucia y nevada de la carretera.

—Dejemos la motocicleta aquí, Jackson. La utilizaremos cuando sea necesario, por ahora debemos evitar hacer ningún ruido. No se escucha absolutamente ningún sonido.

En ese preciso instante, como si las palabras de Cooper hubiesen sido proféticas, o invocado a la interrupción de aquel silencio oprimente, un zumbido creciente hendió la atmósfera como un cuchillo y les hirió los oídos.

Corrieron hacia un recodo del camino y se echaron de bruces sobre la nieve fresca.

Cooper extrajo los prismáticos y los enfocó hacia el poblado. La nave comenzaba a girar, el disco acristalado, sin embargo, permanecía inmóvil y una luminosidad amarillenta parecía

difundirse desde aquel cuerpo cilíndrico y sumergir al pueblo en una bruma brillante y densa.

—Echa un vistazo, Jackson.

—¿Crees que se marchan?

—No lo sé.

—¿Qué hacemos?

—Vamos, iremos en la motocicleta. Ese maldito zumbido cubre cualquier otro sonido.

Corrieron hasta donde habían ocultado el vehículo y treparon a él. Cooper puso en marcha el poderoso motor de 370 cc y Jackson se sentó detrás con el fusil dispuesto.

—¿Listo?

—Adelante —replicó Jackson.

Bajaron a media velocidad, sin forzar el motor, permitiendo que las revoluciones comprimidas frenaran el potro indómito de 370 cc.

Cooper conducía con pericia permitiendo que la rueda trasera derrapara ligeramente y acelerando de inmediato para equilibrar otra vez la máquina.

Jackson había pasado el cañón de su fusil sobre el hombro de Clark y apoyado la culata en su propio cuerpo, atisbando en la mira el paisaje cambiante hacia el que se dirigían.

Por fin entraron en la última recta y se encaminaron hacia la plaza central del poblado donde aquella nave increíble parecía distribuir a diestra y siniestra su bruma maligna y amarillenta.

—Detente —dijo Jackson.

Cooper frenó con cierta torpeza, y tuvo que torcer la rueda delantera para evitar que la máquina perdiera definitivamente el ángulo máximo de equilibrio y los lanzara sobre la nieve enlodada.

Jackson saltó de la motocicleta y se parapetó detrás de un destartalado pesebre.

Cooper detuvo el motor y dejó a cubierto la máquina antes de reunirse con él.

—No hay nadie a la vista, Coop.

—Registremos algunas casas y busquemos un teléfono.

—No creo que funcionen los teléfonos.

—Lo sé, pero de todos modos lo verificaremos.

Cruzaron la calle y entraron como una tromba en la primera casa. Jackson arremetió contra la puerta y cayó de bruces en el

suelo enmoquetado. Cooper saltó sobre él y con un movimiento de abanico cubrió con el fusil la amplia estancia.

No había nadie.

Era un salón modesto de una casa modesta. Dieron una vuelta buscando algún detalle revelador pero no pudieron hallarlo.

En la cocina, sobre la hornalla, hallaron una gran cacerola de hierro en la que se había ido congelando lentamente un cocido de aspecto apetitoso.

En la mesa alguien había dispuesto cinco platos, el reloj de cucú que presidía el comedor estaba detenido en las seis y supusieron que se trataba de las seis de la tarde.

—Vamos, haremos otro intento —propuso Cooper.

Regresaron a la calle y echaron un vistazo a la nave titilante a varias manzanas de distancia.

Entraron en el vestíbulo de un edificio de tres pisos, y con el mismo procedimiento anterior penetraron en el primer departamento.

Nadie.

—El teléfono no funciona —dijo Jackson.

—La radio tampoco y el televisor está muerto.

—¡Mierda!

—No debes perder la paciencia, para ello me tienes a mí —bromeó Cooper con voz nerviosa.

—Creo que debemos ir hasta la plaza y forzar las cosas, Coop.

—O largarnos de aquí y ver qué diablos ha ocurrido más allá de la zona de influencia de esta maldita nave.

—¿Tú crees? —desafió el negro.

Cooper lo miró ceñudo y luego intentó una sonrisa.

—No, tienes razón. Nos acercaremos a la plaza.

Otra vez en la calle helada. La nieve parecía absolutamente impoluta en el poblado desierto y las casas, extrañamente silentes, eran como sepulcros especialmente diseñados para dar una primera impresión de vida activa.

—Es una pesadilla —dijo Jackson, corriendo junto, a su amigo de portal en portal, acercándose siempre a la plaza.

—Ojalá lo fuera, hombre.

—Escucha —dijo de pronto Jackson.

—¿Qué?

—El zumbido…

—¿El zumbido? Sí, es cierto, ya no se escucha.

Instintivamente se ocultaron detrás de un gran camión de desperdicios.

—No lo entiendo —dijo Clark.

—¿Qué dices?

—Digo que no lo comprendo, ¿por qué funciona el motor de nuestra motocicleta y en cambio parecen muertos todos los demás mecanismos con los que nos hemos topado?

—Tal vez se deba a que la motocicleta estuvo enterrada con nosotros. Tú y yo seguimos aquí, ¿no?

—Sí, y por lo visto somos los únicos —replicó Clark.

Una frase sin embargo se había rezagado en su memoria.

—Algo parece cierto, Coop. Si no funcionan los teléfonos ni los televisores ni los coches es porque algo ha dañado sus mecanismos mientras permanecimos en la cueva.

Cooper recordó el dato que buscaba en su cerebro.

—Enterrados —dijo.

Jackson le lanzó una mirada atónita.

—¿Qué quieres decir con eso de «enterrados»? —preguntó.

—Tú dijiste hace un momento que la motocicleta funciona porque estuvo enterrada con nosotros en la cueva, ¿no es así?

—Sí, ¿y qué?

—Pues que nosotros no hemos sufrido lo que sea que han sufrido las gentes de Creek Alley porque hemos estado aislados del poder de la nave por una gruesa manta de nieve. La nieve nos salvó a nosotros y preservó los motores.

—La radio no funcionaba, Coop.

—Cierto, pero tal vez se deba a que no hay emisiones que pueda recoger.

Jackson miró a su amigo y se pasó una mano enguantada por la poderosa mandíbula barbada.

—Entonces… si no hay emisiones, esta invasión… o lo que sea es… es… total.

—Tal vez —asintió Cooper, digiriendo la espeluznante posibilidad.

—¡Cristo Santo! —gruñó Rudy Jackson.

—Es mejor no pensar en ello. Recuerda lo que nos ocurría en

Vietnam, recuerda las palabras de aquel cerdo del sargento Murray: Un pensamiento a destiempo y eres poseedor de una linda bala en el culo.

—Sí, me gustaría tenerlo aquí al muy hijo de perra.

—Vamos, acerquémonos a la plaza.

La calle asfaltada que era continuación de la carretera estaba salpicada por copos de nieve y sumergida en aquella bruma amarillenta.

—¿Crees que esta bruma nos puede perjudicar? —preguntó Cooper.

—No lo sé, pero tampoco sé de qué nos serviría quedarnos encerrados en la cueva. Tarde o temprano tendríamos que ver cuál es nuestra situación y cuáles nuestras posibilidades de contraofensiva —replicó Jackson.

Cooper sonrió ligeramente.

—Hablas como un soldado, Rudy.

—¿Crees acaso que esto no es una guerra?

Cooper no pudo replicar.

Habían llegado a dos manzanas de la plaza donde se levantaba la nave, y un cloqueo había vuelto a quebrar el silencio total.

Miraron hacia la nave y observaron que una gran compuerta se abría a media altura y que un grupo de diez o quince personas inidentificables se arracimaban sobre un elevador que comenzó a descender a tierra.

—Vamos —dijo Cooper—, es hora de que sepamos quién es el enemigo.

CAPÍTULO IV

Había algo patético en aquel grupo.

No era nada absolutamente definido. No vestían como en las películas de ciencia ficción, ni tenían un solo ojo en la nuca ni cuernos o antenas, y tampoco eran gigantes ni pigmeos amantes de la comunicación telepática.

Eran hombres y mujeres, ataviados como los hombres y mujeres normales, con el cabello recortado según los usos habituales y envueltos en sus abrigos invernales.

Pero había algo patético en ellos. Al principio no detectaron de qué se trataba, porque estaban a una distancia demasiado grande y la bruma amarillenta les dificultaba la visibilidad. Sólo cuando se hallaron a cincuenta metros del elevador que ya tocaba tierra y observaron a aquel contingente estático a través de los binoculares comprobaron la extraña pigmentación de la piel.

Sólo podían ver los rostros porque el resto del cuerpo iba cubierto con las pesadas ropas de invierno, pero la piel de los rostros era suficiente para ponerles los cabellos de punta.

Tenían la piel gris, gris oscura, gris topo.

No era un tono aceptable, no era el tono negro de algunas tribus africanas, ni tampoco la pigmentación amarronada de algunos grupos de color, ni tampoco ese tono mestizo que han proporcionado las uniones mixtas.

No.

Eran grises. Absolutamente grises. De un gris que parecía pintado por un artista de la década de los sesenta en su afán por lanzar al mundo sofisticado un «happening» visual representado por seres humanos.

Hombres y mujeres grises, como si la palidez cadavérica y

acerada de los muertos se fuese acentuando, oscureciéndose por imperio de algún misterioso mecanismo bioquímico hasta alcanzar una textura y una coloración de imposible origen natural.

—¿Qué crees? —preguntó Jackson sin poder quitar la vista de esos seres increíbles por el solo hecho de su color y que parecían dentro mismo de los binoculares.

—Tendremos que esperar y ver qué hacen —replicó Cooper sin encontrar una explicación plausible.

—¿Serán las gentes del pueblo o serán los… invasores?

Pronunció la palabra invasores con una cierta escrupulosidad, como si el término tuviese la energía mágica de invocar un peligro que todavía no podían descifrar.

—Mira —dijo Cooper con calma.

El grupo de personas descendió de la plataforma y marchó hacia el edificio del Ayuntamiento.

Caminaban como autómatas, disciplinadamente, mirando fijamente al frente y sin que nadie en particular guiara sus pasos.

El elevador volvió a subir y otro grupo se acomodó en él para emprender el descenso.

—No veo a ningún niño —dijo Jackson.

—Ya lo he notado.

—Vamos al Ayuntamiento, Coop.

—Todavía no, veamos primero si todos se dirigen al mismo sitio. Hemos de decidir si son enemigos o sólo se trata de…

—¿De qué diablos estás hablando? —estalló Jackson—. ¿Qué quieres decir con eso de que si son o no son enemigos? ¿Acaso te han pedido permiso a ti para ocupar el pueblo, o a la familia que dejó su caldero en la hornalla?

—Cálmate, no hemos visto ningún signo de violencia, ningún cadáver.

Jackson suspiró profundamente.

—Bien, continúa, ¿qué ibas a decir?

—Que tal vez se trate de un experimento. He leído algunas cosas sobre que la NASA asegura que estamos siendo observados desde el cielo.

—¡Cristo, Cooper!

—Lo sé, parece absurdo, pero dime una cosa, Rudy Jackson, ¿no crees que hace sólo un par de días hubieses pensado que todo esto

que estamos viviendo no sería más que una locura?

—Piensa un poco, Coop. No debemos sacar ninguna conclusión apresurada, estamos ante un hecho absolutamente... extraño y ni tú ni yo somos expertos en la materia. Dime, ¿qué es lo que somos?

—Un par de ratas.

—No, nada de eso. Somos todo lo que hemos sido en esta podrida vida: soldados. Sólo eso, soldados. Es lo único a que podemos recurrir para salir adelante, o al menos para intentarlo. Pensemos como soldados. Basémonos en los hechos, actuemos como si estuviésemos en el frente de batalla. Tú y yo somos expertos en contraguerrilla. Por una maldita vez puede servirnos para otra cosa que no sea liquidar a nadie por unos intereses que tú y yo no hemos inventado.

—Bien, actuemos como soldados.

El segundo contingente había sido depositado en tierra y marchaba hacia el edificio del Ayuntamiento.

Aguardaron una hora, pero nadie más descendió de la nave. Al cabo de un par de horas vieron que del edificio del Ayuntamiento salían varias patrullas armadas y se dispersaban por el pueblo.

—¿Armas? Claro que sí —estalló Cooper—, los han robotizado y ahora les han dado armas. Son algunos de los pobladores de Creek Alley a los que utilizan como patrullas de vigilancia.

—¿Por qué vigilancia? —preguntó Jackson.

—Sí, ¿por qué vigilancia?

Una serie de disparos los obligó a dejar de reflexionar sobre el tema.

Corrieron agachados entre las casas, parapetándose tras los vehículos detenidos y acercándose con precaución al sitio de donde provenían los disparos.

Rodearon un par de manzanas y desembocaron en la intersección de la misma calle principal con una transversal, pero del otro lado de la plaza.

Alguien se había parapetado en una tienda de licores y cuatro de aquellos seres grises disparaban sin pausa contra los escaparates y las ventanas.

—Estoy de parte del tipo oculto —dijo Jackson.

—Sí, yo también.

Se miraron durante un instante. Ya habían tomado partido y

estaban decididos a actuar.

—¿Como siempre? —preguntó Jackson.

—Como siempre, hombre.

Se golpearon las manos y salieron disparados desde donde se hallaban formando con sus huellas una V sobre la nieve fresca que cubría gran parte de la calle.

Jackson quedó emplazado a dos casas de distancia de la licorería y desde allí podía observar al grupo agresor, que apenas sí se cubría.

Desde la licorería nadie replicaba a los disparos.

Cooper trepó a un camión repleto de carbón y se echó cuerpo a tierra sobre la cabina. Echó una mirada a Jackson, se llevó el fusil a la cara y comenzó a disparar.

Su ráfaga se unió a la de Rudy y abatieron a los cuatro personajes grises con un rápido y nutrido fuego cruzado.

Jackson salió de su refugio y corrió hacia la tienda de licores.

Cooper se reunió con él en la entrada.

—Voy yo, Coop.

Saltó dentro del local cubierto por el fusil de Clark y rodó sobre el suelo cubierto de vidrios rotos hasta chocar contra una estantería.

Miró a su alrededor y sólo vio botellas destrozadas y licores de distintos colores escurriéndose por el piso.

Cooper entró a la carrera y se ocultó tras la barra de la tienda.

Se miraron y Jackson hizo un gesto de ignorancia encogiendo los hombros.

En ese instante escucharon que alguien se arrastraba sigilosamente.

De un salto, Cooper superó la barra y cayó pesadamente del otro lado. Su cuerpo aplastó al sujeto que se arrastraba y sus brazos sujetaron los hombros del desconocido.

—¡Quieto! —ordenó Cooper.

Estaba sentado sobre el cuerpo de alguien enfundado en un pesado abrigo de cuero con capucha y forrado con lana de cordero.

Con un solo movimiento cogió el abrigo por un hombro, se levantó ligeramente y obligó al desconocido a darse la vuelta.

Una mujer espantada, de profundos ojos azules desorbitados, rostro delgado y pálido, ahogó un alarido de terror y se mordió los labios.

Jackson había saltado detrás de Cooper y encañonaba a la muchacha.

El alarido que había conseguido ahogar brotó de su garganta aterrorizada como una cuchillada. Cooper le tapó la boca y dijo con firmeza:

—No hay tiempo para explicaciones. Tenemos que largarnos de aquí, vendrán en nuestra busca cuando comprendan que hemos liquidado a la patrulla que la buscaba. ¿Me ha entendido?

La muchacha asintió con sus ojos repletos de lágrimas y Cooper la soltó.

Sin perder un instante la ayudó a ponerse de pie y la cogió de un brazo.

Jackson fue hasta la puerta y echó un vistazo a la calle desierta.

—No están —dijo pasmado.

Cooper miró hacia la calle. Los cadáveres que ellos habían acribillado ya no estaban allí.

—Vámonos de aquí. Saldremos por la parte trasera, debe haber otra puerta que dé a algún callejón.

Corrieron hacia la parte posterior de la licorería, atravesaron dos habitaciones repletas de cajas de bebidas y abrieron una pequeña puerta. Allí estaba el callejón.

Caminaron en fila india hacia la calle. Cooper iba delante, la muchacha en medio y Jackson cerraba la marcha.

—Nadie a la vista, buscaremos la motocicleta. Hemos de llegar a la cueva.

—Andando —dijo Jackson, y cogió a la muchacha de una mano.

Dieron la espalda a la plaza y rodearon la nave por calles solitarias y heladas.

Cuando llegaron al sitio donde habían dejado la motocicleta escucharon el zumbido que los había ensordecido algunas horas antes.

—Larguémonos de aquí —dijo Cooper y puso en marcha el motor.

Jackson sentó a la muchacha detrás de Cooper que casi estaba sobre el tanque de la gasolina y luego él se sentó detrás de ella pero dándole la espalda.

Cooper pasó una cuerda alrededor de sus cuerpos y la ató con fuerza a su pecho.

—Vamos, Coop, yo cubro la retirada.

La poderosa motocicleta saltó hacia adelante y derrapó sobre la carretera resbaladiza.

—¡Rápido, allí están! —rugió Rudy, y se llevó el fusil a la cara.

A unos cincuenta metros apareció una segunda patrulla de seres grises, hombres y mujeres, que comenzaron a dispararles. Las ráfagas de Jackson no podían ser muy precisas con los movimientos de la moto, de modo que apuntó al grupo y disparó procurando que el ángulo no fuese demasiado abierto.

Vio cómo caían dos o tres agresores y luego la moto tomó velocidad y desapareció tras un recodo, a cubierto merced a la ladera arbolada de la montaña.

Media hora más tarde Cooper detenía la máquina y soltaba la cuerda que los había mantenido sujetos.

La muchacha cayó pesadamente al suelo.

—Se ha desmayado —dijo Jackson.

—Déjala donde está y ocultemos la motocicleta. Iremos andando hasta la cueva. Tendremos que llevarla en brazos. Yo lo haré y tú procura borrar las huellas. Si descubren nuestro escondrijo estamos perdidos.

—De acuerdo.

Cooper alzó a la mujer y Jackson lo siguió.

El ascenso hasta la boca de la caverna fue lento y penoso pero finalmente alcanzaron la puerta de acceso y se ocuparon de camuflarla antes de encerrarse dentro.

La muchacha continuaba desmayada.

Jackson encendió el fuego mientras Cooper la desvestía. Tenía la ropa húmeda y estaba helada. La desnudó por completo y ante la visión de aquel cuerpo joven y maravilloso, durante algunos momentos, Cooper tuvo consciencia de que hacía demasiado tiempo que no tenía una mujer.

La frotó vigorosamente con una toalla tibia y luego la vistió con ropas secas que le quedaban demasiado grandes, pues provenían de la maleta de Jackson. La envolvieron en una manta y la introdujeron en una de las bolsas de dormir acolchadas y rellenas de plumas de ganso.

Cooper le abrió los labios y le dio de beber un poco de café caliente.

—Toma —dijo Jackson alcanzándole una botella de whisky—, la cogí de la licorería al pasar.

Cooper agregó una buena porción de alcohol al café y volvió a intentar que la muchacha lo tragase. Esta vez tuvo éxito, y la mujer tosió y abrió los ojos.

Miró sin ver a los dos hombres desconocidos que la observaban, parpadeó y abrió la boca recuperando el espanto que Cooper había detectado en ella dentro de la licorería.

—¿Quiénes...?

—Tranquila, muchacha. Estamos a salvo. Estabas helada, de modo que tuve que secarte y vestirte con ropas limpias. ¿Tienes frío?

Ella negó con un gesto.

—Bebe el café, tiene un poco de whisky y te hará mucho bien. Luego hablaremos. ¿De acuerdo?

La muchacha no respondió, se limitó a coger la taza que Cooper le ofrecía y a beber de ella sin apartar su vista de él.

El rostro duro, cruzado por la cicatriz y ostentando la nariz aplastada como una condecoración de batallas perdidas, confería a la sonrisa de Cooper una sugestiva simpatía, una dulzura que contrastaba con su corpachón sólido y felino.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias.

—Mi nombre es Clark Cooper. Mi amigo es Rudy Jackson.

—Yo soy Linda Brave y...

Parecía que sus pensamientos se habían sumergido en busca del hilo perdido en los últimos días.

—Estás muy débil, Linda —intervino Jackson—. Creo que deberías comer algo antes de pensar en nada.

Cooper se puso de pie.

—Termina ese café, nosotros nos ocuparemos de verificar que nadie nos ha seguido la pista y prepararemos comida.

—¿Sabes, Cooper?

—Dime, Jackson.

—Todo esto es una locura, y aquí estamos tú, yo y esta muchacha preparando el almuerzo en una cueva, como si nos pareciera la cosa más natural del mundo.

—A trabajar, Jack. Tú mismo has dicho que no hay que pensar

con el estómago vacío.

Se aseguraron de que no había nadie en los alrededores y prepararon un buen trozo de alce asado, legumbres hervidas y arroz blanco.

La obligaron a comer lentamente y ella agradeció la solicitud de aquellos dos tipos rudos y desconocidos.

Finalmente, cuando hubieron terminado el almuerzo y Jackson le entregó una nueva taza de café, Linda estuvo dispuesta a hablar.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—No lo sabemos, pero está claro que no son terrestres.

—¡Santo Cielo! —exclamó ella y volvió a asumir una expresión de dolorosa perplejidad.

—Tranquilízate.

—Pero… ellos tenían aspecto humano, sólo que… sólo que…

—Tienen la piel gris.

—Sí.

—Dinos, ¿cómo es que no te afectó lo que los afectó a ellos, al resto de los habitantes del poblado?

—No lo sé. No puedo entenderlo. Yo había ido a asistir un parto y…

—¿Un parto? —preguntó Jackson.

—Sí —replicó la muchacha reasumiendo su seguridad—, soy médico, el médico de Creek Alley.

—Continúa —la alentó Cooper.

—Como os decía salí del pueblo para asistir a un parto a unos cincuenta kilómetros del pueblo, en la cabaña de los Atkings. Me dijeron que me quedara con ellos, que la tormenta ya estaba encima del valle pero yo insistí en regresar, tenía mucho que hacer en Creek Alley y no podía quedarme con los Atkings, aquí las tormentas pueden aislarnos durante varias semanas.

El labio inferior de la muchacha temblaba ligeramente y se llevó los dedos nerviosos a la boca.

—Bebe —dijo Jackson y le entregó un vaso de whisky.

Ella obedeció y sintió que el licor le devolvía la compostura.

—Estaba a más de medio camino cuando se desató la tormenta. ¡Dios mío, fue algo increíble! Tuve que detener el coche, no veía absolutamente nada. Recordé entonces la cabaña del guardabosque. Está abandonada pero como en todos los refugios de montaña

siempre dejan provisiones, leña y agua. Cerré el coche y llegué a la cabaña muerta de frío. Creo que estuve encerrada dos semanas y luego tuve que luchar contra la nieve acumulada ante la puerta para poder salir de allí. ¡Oh, Dios, fue un espanto!

—Calma, Linda —dijo Cooper.

—Cuando amainó el temporal y conseguí salir de la cabaña noté que el cielo tenía un color extraño y había un olor ácido en el aire. No comprendía qué era lo que estaba ocurriendo pero busqué el camino y procuré desenterrar el coche y ponerlo en funcionamiento pero no lo conseguí, de modo que comencé a caminar hacia Creek Alley. Estaba exhausta y no vi la nave hasta que no estuve muy cerca y entonces… entonces vi a ese grupo que venía hacia mí, vi sus rostros petrificados y grises y…

—Lo sabemos, tranquilízate, el resto lo sabemos —dijo Jackson.

—Ahora tenemos que descubrir quiénes son los que están en esa nave y qué se proponen —intervino Cooper.

—Todo el pueblo ha desaparecido, están dentro de la nave y ellos… ellos los convierten en una especie de… de autómatas —balbució la muchacha.

—Eres médico, ¿verdad? —preguntó Cooper, procurando apartarla de aquella línea de pensamiento que amenazaba con desesperarla.

—Sí, lo soy.

—Bien, nosotros somos soldados, ex soldados, veteranos, ¿comprendes?

—Sí, comprendo.

—Quiero decirte que aquí estamos a salvo, tenemos provisiones, agua, combustible, medios de locomoción y armas. Nosotros somos soldados y tú eres médico, no se puede decir exactamente que nuestra situación sea absolutamente desesperada.

Linda lo miraba atónita.

—Escucha, pequeña. Todo lo que tienes que comprender es que no tenemos tiempo para depresiones o explicaciones disparatadas. Acabaríamos volviéndonos locos.

Por primera vez la muchacha sonrió y Cooper la encontró el ser más maravilloso que había visto en toda su puerca vida.

—Ahora procura dormir. Descansa. Ya hablaremos luego de lo que debemos hacer a continuación. ¿De acuerdo?

—Mi familia —dijo ella—. ¿Qué les habrá ocurrido?

—¿Viven en Creek Alley? —preguntó Jackson.

—No, están en Nueva York.

Los dos amigos se miraron, no tenían respuesta para aquella pregunta.

—Ya nos informaremos de lo que ha ocurrido fuera del área de esa maldita bruma amarilla. ¿Te parece bien?

—Sí —replicó la muchacha y cerró los ojos.

Procuró abrirlos pero el sueño, la fatiga y la desesperación de los últimos días y las últimas horas terminaron por sumirla en una especie de dulce inconsciencia estimulada además por el whisky que le administraran los dos amigos.

—Es la nieve —dijo Jackson.

—Sí, he estado pensando en ello. Es la única explicación posible.

—La nieve nos ha aislado de la influencia de los extraterrestres cuando dispusieron hacerse con el pueblo.

Un trueno estremeció la caverna y el aullido del viento volvió a colarse por los intersticios de la entrada para escapar por la salida de emergencia.

—¿Qué diablos...? —preguntó Jackson.

—Han eliminado la barrera magnética —dijo Cooper—. Por alguna razón que desconocemos ya no la necesitan.

Jackson corrió hacia el aparato de radio y lo encendió.

Hubo algunas ásperas interferencias y algunos pitidos agudos.

—Nada —dijo Cooper.

—Silencio —ordenó Jackson.

Y entonces escucharon la voz, con absoluta claridad y el cabello se les erizó de horror.

Atención, atención, este mensaje va dirigido a todos los supervivientes de la invasión. La Tierra ha sido invadida por seres desconocidos con intenciones destructivas. Las grandes ciudades no responden a nuestra llamada. Cada uno de vosotros, los que nos estéis escuchando, debe luchar contra el invasor de un modo autónomo. No conocemos sus fuerzas ni sus motivaciones. Debemos destruirlos antes de ser destruidos. Repito, deben ser destruidos con cualquier medio antes de que acaben con nosotros. Estamos transmitiendo desde...

Nuevos pitidos y ruidos ásperos, nuevas interferencias acabaron con la voz.

Jackson procuró volver a encontrar la onda pero fue imposible.
—¿Qué opinas, Coop?
—Hemos perdido la frecuencia o han acabado con ellos —dijo Cooper fríamente.
—Madre... —gimió la muchacha.
Cooper se inclinó sobre ella y apoyó una mano en su frente.
—Está ardiendo de fiebre —dijo gravemente.

CAPÍTULO V

—Iré a vigilar, Coop.

—Vete, yo cuidaré de la muchacha.

Jackson trepó hasta la salida de emergencia y atisbo por el agujero camuflado. No se veía nada anormal, como no fuera la violencia de la tormenta y el frenético silbido del viento.

Cooper buscó un termómetro en el botiquín del *Land Rover* y lo colocó en la boca de la muchacha. Tenía casi cuarenta grados centígrados y el rostro enrojecido.

Tiritaba convulsivamente.

Buscó en el botiquín aquellas píldoras del ejército, las «curatutti», como las había bautizado Gino Ramello, compañero de armas y desaparecido en las proximidades de Saigón.

Convirtió dos píldoras en un polvillo blanquecino, las mezcló con agua y obligó a la muchacha a tragarlas. Aguardó unos minutos y luego se decidió. La muchacha deliraba, llamaba a su madre y musitaba palabras incomprensibles.

Cooper se introdujo en la bolsa de dormir, la abrazó estrechamente y procuró transmitirle su propio calor. Sintió que los brazos se le acalambraban y que todo el cuerpo se quejaba de aquella posición forzada, pero se mantuvo firme. La tormenta continuaba su vuelo frenético y el viento soplaba dentro de la caverna impulsado por el pulmón del demonio.

Casi sin darse cuenta Cooper fue adormeciéndose, la muchacha había dejado de farfullar y su respiración parecía normal.

Se durmió profundamente.

* * *

—¡Qué ocurre!

La voz de Linda lo despertó de un sueño idílico. No había invasiones, ni miedos, ni nieve, ni tormentas, sólo una playa maravillosa en una isla remota.

—¿Te sientes bien? —preguntó Cooper.

—Sí, ¿qué ocurrió?

—Delirabas, tenías mucha fiebre y pensé que lo mejor era abrazarte y darte calor.

Ella bajó la cabeza.

—Gracias, Clark —dijo y Cooper sintió que una vieja esperanza agónica recobraba las fuerzas en el último rincón de su espíritu.

Salió de la bolsa de dormir y entregó el termómetro a la muchacha.

Ella controló su temperatura.

—Es normal —dijo, con la misma sonrisa deliciosa—, la crisis ya ha pasado. ¿Qué me has dado?

—Un medicamento capaz de resucitar a un lama cataléptico. Lo empleábamos en Vietnam para dolores de cabeza, heridas profundas, enfermedades venéreas y depresiones generalizadas. Es un elixir maravilloso.

—Nosotros lo llamamos penicilina —rio Linda.

* * *

—¡Cooper!

—¡Cristo, me había olvidado de Jackson!

Corrió hacia la salida de emergencia y se encontró con Rudy arropado como un bebé gigante y con la barba llena de pequeños copos de nieve.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, escucha...

—No oigo nada.

—Presta atención.

—Sí, ahora lo oigo, es como una multitud chapoteando en la nieve.

—¿Crees que se están acercando?

—Voy a investigar. Si veo a alguien procuraré distraerlos, no

podemos revelarles nuestro escondite. Nadie sabe qué tipo de armas tienen los extraterrestres.

—Ni quiénes son, o cómo es su aspecto o de dónde vienen, es una pesadilla, Coop.

—Sí, cuida de la muchacha, ¿quieres?

Salió por el agujero de emergencia y se dejó resbalar por la suave ladera hacia una cornisa que se abría a unos treinta metros de distancia. Había cogido el equipo completo de Jackson y sus piernas se hundían hasta las rodillas en la nieve blanda.

Ajustó la capucha hasta que cubrió completamente su rostro a excepción del espacio que ocupaban sus gafas oscuras y llevando el fusil por encima de la cabeza para equilibrarse comenzó a correr ladera abajo.

Llegó hasta la primera línea de árboles y se detuvo. Respiraba con dificultad, pero el sueño que había descabezado junto a la muchacha le había devuelto sus energías.

El ruido era ahora más próximo. Avanzó hacia él procurando permanecer oculto por los troncos grisáceos de los pinos.

Y entonces los vio.

Eran más de cien, gentes del pueblo armadas con las armas normales, escopetas de caza, rifles con mira telescópica, revólveres y hasta viejos trabucos perdigoneras.

Marchaban con paso seguro y firme, mirando al frente como si llevasen anteojeras y no parecían prestar atención a ninguna otra cosa como no fuera rastrillar la ladera de la montaña.

Era cuestión de tiempo que los hallaran.

Sea lo que fuere que les hubiesen hecho a aquellas gentes, lo cierto era que obedecían ciegamente, de un modo suicida, las órdenes provenientes de la nave.

Los utilizaban como carne de cañón, y durante una fracción de segundo Cooper se sintió temado de echar a correr y alejarse de ellos. Eran sus semejantes, gentes pacíficas y amables convertidas en marionetas criminales por algún artilugio que escapaba a su lógica.

La duda duró muy poco en su cerebro. Ellos continuaban vivos y dueños de sus facultades, debían procurar conservarse en disponibilidad de luchar, tratar de averiguar cuál era el propósito de los extraterrestres, intentar acabar con aquella nave y luego

ponerse en contacto con otros grupos de supervivientes.

La tarea parecía imposible, pero todavía continuaban vivos y sabían a qué atenerse.

Corrió entre los árboles hasta alcanzar una posición de tiro privilegiada, a unos cincuenta metros del pelotón de seres grises y ligeramente por encima de ellos.

Apuntó con cuidado y disparó varias ráfagas a media altura. Caían sin un solo gemido, como muñecos en un parque de atracciones.

Cooper se movió con rapidez cambiando su posición de tiro justo en el momento en que las armas buscaban su cuerpo.

«¿Cómo diablos lo hacen? —se preguntó—, ¿cómo diablos saben dónde estoy, cómo los dirigen?»

Llegó al otro extremo del bosquecillo de coníferas desnaturalizadas por aquella neblina amarillenta, y volvió a abrir fuego. Los vio caer, mujeres y hombres, destrozados por sus ráfagas.

—No son humanos, no son humanos... —se repetía en voz alta mientras buscaba otra posición.

Se alejaba de la caverna y arrastraba con él al pelotón de autómatas.

Estaba fatigado de correr hundiéndose en la nieve. Sus perseguidores, en cambio, no parecían experimentar ningún cansancio.

Resbaló sobre la nieve y se dejó caer rodando algunas decenas de metros hasta que consideró que su ventaja era suficiente y entonces clavó la culata del fusil para detener su caída.

Se limpió el rostro de nieve. Las gafas oscuras se habían roto y tuvo que quitárselas.

Y entonces comprendió que estaba a un par de metros del borde de la ladera, luego había una cornisa estrecha y más allá el precipicio.

El sonido del grupo avanzando se hacía más y más nítido.

No tenía tiempo que perder.

Extrajo la pala de la mochila y comenzó a cavar desesperadamente. Hizo un hoyo de un metro de profundidad por ochenta centímetros de diámetro, se acuclilló dentro y se cubrió de nieve.

Dejó el fusil a mano pero cogió el *Magnum*. A poca distancia la

capacidad de disparo de un fusil se ve seriamente dificultada, sobre todo si el espacio en que uno se encuentra es muy estrecho.

Escuchó atentamente cómo se aproximaban y pasaban muy cerca hasta el borde mismo de la cornisa. Algunos incluso lo pisaron y continuaron su marcha.

Los seres que los guiaban desde la nave no podían detectarlo debajo de la nieve.

Aguardó todavía algunos minutos y luego asomó la cabeza. Todos se alejaban en dirección opuesta a la caverna, de modo que Cooper salió de su escondite y caminó en sentido contrario.

Ascendió por la ladera y se introdujo en el bosquecillo de coníferas. Miraba continuamente hacia atrás buscando a algún perseguidor, y fue durante una de esas distracciones, en el momento en que miró hacia atrás cuando saltaron sobre él.

Lo primero que pensó fue que era hombre muerto. Aquellos seres apizarrados no parecían obedecer más que una orden precisa: matar.

Cayó de bruces sobre la nieve con alguien sobre sus hombros aplastándolo. El fusil saltó de sus manos y el brazo izquierdo se le dobló de mala manera. El dolor lo obligó a girar instintivamente y eso le salvó la vida porque el culatazo se clavó en el sitio exacto donde había estado su cabeza. Se acuclilló con uno de los agresores aferrado a su espalda mientras el otro intentaba un segundo mazazo.

No pudo evitarlo, de modo que cruzó los brazos de modo tal que el golpe cayera sobre el ángulo de sus antebrazos. Fue un golpe feroz, pero su estratagema dio resultado y pudo pararlo a costa de un dolor agudo que llegó hasta sus hombros. Cogió el fusil que el tipo utilizaba como garrote y tiró de él. El tipo perdió el equilibrio y Cooper observó que en su rostro gris no se producía ninguna expresión de esfuerzo o espanto o ira. Nada.

El que estaba cogido a su espalda pasó un brazo alrededor de su cuello y apretó.

Cooper tenía que desembarazarse primero del que luchaba con él por la posesión del fusil, de modo que hundió la barbilla en el brazo que lo estrangulaba y procuró resistir.

Se incorporó asido siempre al fusil, tiró de él y cuando el tipo se le vino encima dio un paso al costado, lo trabó con la pierna

derecha y lo hizo caer.

Con ambas manos aferró el cabello del tipo que lo estrangulaba y lo hizo pasar sobre su cabeza. Tuvo que hacer un esfuerzo notable para resistir una tentación de largarse sin seguir peleando con ellos: uno era un muchacho de poco más de veinte años y el otro un hombre que debía haber superado con amplitud los sesenta.

Extrajo el puñal de combate y con un movimiento velocísimo lo clavó en el pecho del más joven y se dio la vuelta para lanzar una terrible cuchillada al cuello del viejo que ya se incorporaba.

Los dos volvieron a caer. Ninguno sangraba.

Cooper fue en busca de su fusil y echó una ojeada a su alrededor. No vio a nadie. Se aproximó a los dos seres muertos y se inclinó sobre ellos. Tenían los ojos abiertos, las pupilas vacías de expresión y no respiraban.

Pasó la mano por las heridas, estaban limpias como si aquellos cuerpos no portaran sangre en sus venas,

—Por Cristo Santo... —exclamó.

Dio vuelta el cuerpo del más viejo y le quitó el chaquetón impermeable que lo cubría. En la nuca, semioculto por el cabello halló una anilla. Instintivamente, sin pensar casi en ello, tiró de la anilla y junto con el ingenio metálico desprendió una varilla brillante de algo más de seis centímetros de largo y que terminaba en una especie de cucharilla.

El viejo pareció perder de golpe la tensión que lo había sostenido, su cuerpo se relajó en una muerte que, estúpidamente, Cooper entendió como más profunda. Sí, una verdadera muerte porque su tez reasumió su pigmentación normal.

Se volvió hacia el muchacho y vio que se convulsionaba espasmódicamente. Se sentó a horcajadas sobre él, le dio la vuelta y buscó la anilla. Tiró de ella y volvió a pasmarse con la metamorfosis de la pigmentación gris oscura en un suave tono rosado, bronceado ligeramente por el sol del verano pasado.

Se puso de pie para largarse de allí cuando tuvo todavía otra idea.

Volvió a inclinarse sobre el joven y hundió nuevamente la argolla en el mismo punto del que la había extraído. Aguardó varios minutos sin perder de vista el paisaje crepuscular que lo rodeaba.

Nada ocurrió con el joven, estaba definitivamente muerto.

Recuperó la anilla y ocultó los cadáveres en una hondonada. La nieve los cubriría con rapidez.

Trepó la ladera con paso forzado. Su cabeza era un hervidero de ideas contradictorias, sin embargo, en medio de aquel lío de sentimientos y reflexiones comenzaba a ver un punto de luz.

CAPÍTULO VI

—Dime exactamente en qué sitio tenían clavado esto —pidió la muchacha.

Cooper hizo que Jackson se arrodillara junto a la bolsa de dormir de Linda y señaló en la base de su cuello el sitio exacto.

La muchacha suspiró con tristeza.

—Están muertos —dijo—, clínicamente muertos.

Jackson la miró sin comprender.

Ella miró aquellas anillas brillantes y la especie de espátula enganchada en el extremo y sus ojos revelaron una inmensa desazón.

—¿Clínicamente muertos? —preguntó Jackson para alentarla a continuar con su explicación.

Linda clavó en los oscuros ojos de Rudy su mirada perdida y regresó lentamente a la realidad.

—Sí, los han descerebrado. Aun cuando pudiésemos extirparles este… aparato infernal ya estarían clínicamente muertos. El cerebro no les pertenece, ha dejado de funcionar, está separado del cuerpo exactamente igual que si lo hubiesen extirpado quirúrgicamente.

—Hijos de perra —exclamó Jackson.

—¿Y la sangre? —preguntó Cooper—. ¿Por qué no tienen sangre?

—No lo sé, tal vez tengan la sangre coagulada en sus venas, tal vez actúen por impulsos energéticos enviados desde la nave como si no fueran más que robots teledirigidos, no puedo darte una respuesta. Algo es cierto, sin embargo.

—¿Qué cosa? —quiso saber Jackson.

—Que cuando disparáis sobre ellos lo hacéis sobre cadáveres.

Jackson y Cooper intercambiaron una mirada de comprensión. A

los dos los trastornaba disparar sobre semejantes, aun cuando hubieran sido robotizados por el invasor. De algún modo, en el fondo de sus espíritus, conservaban la esperanza de poder devolverlos a la normalidad.

—En la medida en que nos sea posible —dijo Cooper—, hemos de quitarles las anillas cuando disparemos sobre ellos.

—¿Por qué, Coop?

—Porque de lo contrario los invasores volverán a servirse una y otra vez de ellos. Creo que cuando los eliminamos con nuestros disparos sólo caen momentáneamente, el tiempo suficiente para que alguien en la nave, alguien o algo, comprenda que debe volverlos a la actividad.

Cogió de la mano de Linda la anilla y la observó en la luz de las llamas, luego añadió:

—Esto es lo que envía los impulsos de la nave a los cuerpos inertes y les inculca el instinto homicida. Cuando les quité las anillas la piel recuperó su pigmentación natural.

—Es... es diabólico —dijo Linda.

—Sí, pero tenemos suerte de que alteren su coloración epitelial, ya que de otro modo jamás sabríamos si son enemigos robotizados o supervivientes.

Linda lo miró a los ojos y Cooper sintió que aquella mirada azul, purísima y entristecida, lo conmovía más allá de lo que estaba acostumbrado a admitir.

—Bien, iré a echar un vistazo —dijo Jackson—, está anocheciendo.

—No es prudente —intervino Cooper.

—Escucha, hermano —la voz de Rudy era firme y amistosa—, iré a dar una vuelta por los alrededores. Sabes que soy un experto en marchas y acciones nocturnas. Hay algo que deseo saber.

—Tenemos que conservarnos con vida, Rudy.

—No temas, no tengo ninguna intención de terminar con una anilla en el testuz. Sólo deseo verificar si esa valla magnética o lo que sea que habían dispuesto en un radio bastante amplio alrededor del poblado todavía se mantiene o si ya la han quitado.

—Podemos hacerlo mañana por la mañana —insistió Cooper.

—No, prefiero hacerlo por la noche. No creo que nos estén buscando todavía, y si lo hacen yo soy un experto en estas lides.

—Ten cuidado entonces, Jack. Son máquinas de matar, no te darán ninguna voz de alto ni te harán prisionero. Se limitarán a destruirte.

—Sé cuidarme, hermano.

Comieron en silencio. Habían sido demasiadas experiencias diabólicas en un tiempo lo suficientemente corto como para exigirles un esfuerzo de comprensión, un esfuerzo para metabolizar la situación en la que se hallaban metidos.

Jackson se pertrechó como para una jornada que podía depararle una infinidad de sorpresas. Llevó una mochila repleta de cosas: cuerdas, alimentos, municiones, un garfio, ropas secas y una pala y un pico. Ajustó el *Magnum* a su cintura y se cruzó a la espalda una metralleta *Uzi*. En la mano derecha portaba el fusil de combate con la bayoneta calada.

—Otra vez en el frente, hombre —dijo con una sonrisa y abrió hacia arriba la palma de la mano derecha.

Cooper la golpeó con la palma de su mano y sonrió.

—Suerte, Jack.

Salió como un gladiador mortífero por la abertura de emergencia y se perdió en la noche, no sin antes cubrir aquella entrada con arbustos y nieve.

—¿En qué piensas? —preguntó la muchacha.

—¿Por qué aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Sí, ¿por qué han venido precisamente a Creek Alley?

—Jackson me ha dicho lo que transmitió la radio antes de enmudecer. Están en todos lados, han invadido la Tierra.

—Lo sé, pero, ¿por qué también Creek Alley? ¿Qué hay de particular en este poblado? No creo que les interese apoderarse de la fábrica de conservas, ¿o sí?

No había ironía en la voz de Cooper, sólo perplejidad.

—Creek Alley es un poblado importante, Cooper.

La voz de Linda era sentenciosa y grave.

—¿Por qué? Dímelo.

—Uranio.

—¿Qué?

—Uranio. Existe un yacimiento de uranio.

—Pero...

—Yo lo sé porque fui citada por el ministerio de energía para controlar el centro médico que abrirían en cuanto comenzaran la explotación. Han terminado las obras necesarias para iniciar la extracción pero todavía no dieron luz verde.

Cooper se quedó pensativo.

Ella estiró el brazo y acarició su rostro duro y cuadrado.

—No te he dado las gracias todavía, Coop. ¿Puedo llamarte Coop, verdad?

—Claro que sí, Linda.

Ella no apartaba la mano de su rostro. Acariciaba la barba de varios días, el maxilar protuberante la nariz aplastada y luego, con un dedo tibio y delicado recorrió la hoz de la cicatriz que se perdía tras su oreja derecha.

Cooper cogió la mano de la muchacha y la besó.

—Tengo frío —dijo ella.

Cooper se quitó el chaquetón de combate y se introdujo en la bolsa de dormir a su lado.

El espacio era pequeño y los cuerpos estaban estrechamente unidos, atravesados por una urgencia candente que los recorría con una lengua gigante.

—Eres deliciosa, pequeña —dijo Cooper y sus labios buscaron la boca de la muchacha.

La besó con delicadeza, sutilmente, saboreando la caricia como un náufrago sediento, reconociendo en el aliento de la mujer un sentimiento que jamás había experimentado. Se dejó llevar por aquella avidez comprendiendo que eran víctimas de una situación imposible y que tal vez por ello se necesitaban de aquel modo voluptuoso, salvaje, repentino...

Se buscaron la piel con la piel y ella abrió sus grandes ojos azules y asintió con un gesto infinitamente femenino. Sus dientes perfectos atraparon el labio inferior y cuando cerró los párpados Cooper halló el sendero último de la mujer y entró en él con una enloquecedora serenidad.

Linda ahogó un grito y volvió a abrir los ojos.

—Ámame —suplicó junto a su oído y Cooper inició una ceremonia demencial que los arrastró rápidamente hacia el mismo abismo.



Cooper se levantó con sigilo. La muchacha dormía apaciblemente. La besó con dulzura en los labios y ella sonrió en sueños como una princesa de cuento de hadas.

Eran las cuatro de la madrugada. Hacía más de seis horas que Jackson se había marchado. Recorrió la cueva y dispuso todo el equipo en el *Land Rover*. Verificó el combustible del *jeep* y también el de la motocicleta que habían conservado en la caverna.

Se sentó junto al fuego e hizo un inventario de las armas que poseían y del parque de municiones.

—¿Nos vamos?

La voz de la muchacha le sobresaltó.

—En cuanto regrese Jackson y conozcamos algunos detalles.

—¿Adónde iremos?

—Fuera de esta zona, tenemos que buscar un sitio en el que los invasores no tengan demasiado interés y operar desde allí.

—Lucharemos contra ellos —dijo Linda con firmeza.

—Antes tenemos que averiguar quiénes son ellos y cuántos grupos de resistentes hay en el Estado de Colorado, en los Estados Unidos, en el mundo entero... si conseguimos salir de aquí nos espera un duro trabajo, cariño.

—Me alegro de estar contigo, Coop. Sé que parece idiota decirlo porque las circunstancias no podían ser peores. Pero me alegro de estar contigo.

Se acercó a la mujer, se arrodilló delante de ella y la abrazó con infinita ternura.

—Saldremos adelante —dijo, y en ese momento se escucharon los disparos.

—¡Jackson! —gritó Clark Cooper.

Saltó en busca de sus armas y se puso el chaquetón de combate. Ajustó la mochila a su hombro y miró a la mujer.

—No te muevas de aquí, volveré en tu busca.

—Voy contigo.

—No, quédate y procura reponerte. Todavía estás muy débil.

—Puedo seros de más ayuda si voy con vosotros, sé disparar un arma y soy médico.

Los tiros continuaban resonando en la lejanía, cada vez con mayor intensidad. Cooper reflexionó rápidamente y luego ordenó:

—Abrígate bien y coge el botiquín del *jeep*. Yo buscaré el arma apropiada para ti.

Eligió un rifle de calibre 22, de caza y con mira telescópica. No era muy pesado y la muchacha podría portarlo sin dificultad.

Ajustó a la cintura de Linda varios cargadores y una cartuchera con una pequeña *Beretta* de calibre 25 y balas blindadas.

—Recuerda, cariño. Si nos ocurre algo procura regresar aquí y hacerte con el *jeep*. En él tienes todo lo necesario para resistir sin necesidad de aprovisionarte.

Se miraron a los ojos, se besaron en la boca y salieron por el agujero de emergencia.

CAPÍTULO VII

Era un amanecer pálido y frío en el que la tormenta parecía haber remitido. El cielo continuaba gris y pesado por sobre aquella especie de bruma amarillenta que comenzaba a dispersarse.

El olor ácido del aire ya no era tan intenso y a lo lejos el zumbido de la nave casi cubría el estruendo de los disparos.

Cooper se detuvo en el borde de la cornisa, desde la que podía divisar el valle, el pueblo y la nave en la distancia.

Miró a través de los binoculares. Estaba a mucha distancia, pero comprendió qué era lo que ocurría. Habían sitiado a Jackson en un extremo del poblado, en un edificio de ladrillos y madera. Alrededor de la nave se concentraba un gran número de pobladores robotizados y en el otro extremo, junto a una especie de casamata de hormigón, había un grupo de individuos vestidos con monos azules, imposibles de identificar a tanta distancia.

—Echa un vistazo —dijo Cooper y entregó los binoculares a la muchacha.

—¡Allí! —exclamó ella—. Junto al edificio de hormigón.

—Ya los he visto.

—Ese edificio es la entrada del yacimiento.

Cooper volvió a coger los prismáticos y observó toda la situación.

—Creo que ha llegado el momento de entrar definitivamente en acción. Escúchame con atención, Linda. Quiero que prepares el *Land Rover* y procures llegar con él hasta el sendero de animales y luego hasta la carretera. No hay tanta nieve en el sendero como para que impida el movimiento del *jeep*, pero será algo difícil. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí, pero...

—No hay tiempo para discutir. Yo iré en busca de Jackson con la motocicleta.

—¿Y yo?

—Tú te dirigirás hacia la salida del pueblo procurando mantenerte alejada de las calles principales. Creo que cuando intentemos el asalto final nadie reparará en ti.

—Bien, estaré allí, junto al puente, detrás del edificio del aserradero.

—Vamos, en marcha.

Regresaron a la caverna y Cooper abrió el portón principal.

Perdió algunos minutos colocando cadenas a las ruedas del *Land Rover* y sujetando la motocicleta a un trineo improvisado con bidones de gasolina vacíos.

—¿Alguna pregunta?

—Ninguna.

—Cuídate, cariño. Y usa tus armas, esto es una guerra. ¿Has comprendido?

—Bésame.

* * *

Arrastró el trineo hasta la carretera y allí puso en marcha la motocicleta. El motor rugió y Cooper se lanzó ladera abajo a una velocidad vertiginosa. La motocicleta derrapaba peligrosamente y se iba de costado en las curvas, pero Cooper conseguía controlarla a base de piernas, juegos de cintura y una serie de insultos.

Llegó a trescientos metros del pueblo y ajustó su fusil al hombro izquierdo. Lanzó la moto hacia el lugar donde habían sitiado a Jackson y comenzó a disparar frenéticamente contra el grupo de sitiadores. Los cogió por la espalda y consiguió diezmarlos. Una bala dio contra el guardabarros trasero y perforó la cubierta como si fuera de papel. La moto saltó a un costado y Cooper perdió el equilibrio. La inercia la impulsó contra el grupo de asaltantes, y a último momento Cooper, incapaz de dominarla, se dejó caer de bruces sobre la nieve sucia.

Se puso de pie y corrió hacia el sitio donde se hallaba Jackson.

—¡Al suelo, Coop! —gritó su amigo, y Clark se zambulló tras un

Mustang semienterrado en la nieve.

Los disparos de Jackson buscaron el tanque de gasolina de la motocicleta y lo hicieron estallar en medio de los últimos sitiadores.

La explosión acabó con ellos. Eran poco más de una docena y sólo les llevó algunos minutos despojarlos de las anillas demoníacas y devolverles una muerte definitiva.

—Tengo la otra motocicleta, Coop.

—Tenemos que llegar hasta la nave. Los he visto en el otro extremo del poblado junto a la entrada del yacimiento.

—Yo también los he visto, Coop. Van uniformados de azul y... —se interrumpió como si de pronto hubiese sido atravesado por una ráfaga helada.

—¿Y qué, Jack?

—Son hombres, Coop.

—¿Qué dices?

—Digo que son hombres como tú y como yo, vestidos con esos extraños uniformes azules. Los vi antes de que me descubrieran. Procuré huir, pero tuve que hacerme fuerte aquí, no podía llevarlos hasta la caverna.

—¿Hombres?

—Como tú y como yo, sólo que tienen la piel absolutamente gris.

—Entonces son gentes de este pueblo robotizadas.

—No, su conducta era diferente. Hablaban y se conducían como si tuviesen voluntad propia en medio de todas esas pobres personas convertidas en *zombies*.

—¡Cristo, qué diablos es esto! ¿En qué nos hemos metido?

—No pude escuchar sus palabras, no sé en qué idioma hablan.

—Hombres —repitió Cooper—. ¡No es posible!

—Hay una sola manera de llegar al fin de este enigma, Cooper.

—Sí, tienes razón. Vamos allá.

Se arrastraron hacia la plaza. Pegados a cada coche detenido, de zaguán en zaguán, aprovechando cada escondite, cada obstáculo que los pusiera a cubierto.

Había unas doscientas personas reunidas alrededor del elevador de la nave. Las izaban en grupos de quince o veinte.

—Tenemos que subir, Jackson.

Rudy lo miró con espanto.

—Tenemos que hacerlo. Hemos de averiguar con qué nos enfrentamos.

—¡Un momento! Podemos pintarnos el rostro de gris y subir junto con ellos.

—Jackson, estás loco, pero es una buena idea.

No les resultó muy difícil encontrar carbonilla en una de las casas y con ella teñirse la piel del rostro.

—Jackson, eres el negro agrisado más feo que he visto en mi vida.

—Tú no eres ningún Adonis, hermano.

Se aproximaron todo lo posible a la plaza, y cuando estuvieron a pocos metros del contingente de hombres y mujeres robotizados, se pusieron de pie y caminaron hacia ellos con naturalidad.

Todos parecían verdaderos robots. Nadie se percató de la presencia de los recién llegados.

Cooper y Jackson se abrieron paso, acercándose cautelosamente hacia el elevador.

Aprovecharon el siguiente viaje para ser izados hasta la escotilla de la nave.

Cuando entraron al vientre cilíndrico, el espectáculo resultó estremecedor. Allí estaban todos los habitantes de Creek Alley sentados en unas butacas extrañas y con la cabeza sumergida en unas escafandras llenas de un líquido amarillento. Un brazo mecánico estaba adherido a la nuca de los prisioneros y Cooper supuso que aquel brazo mecánico les clavaba la anilla con el punzón.

Los individuos agrisados que habían subido con ellos se acomodaban en una especie de depósito en el que flotaba la misma bruma amarillenta que cubría la zona.

Se sentaban ordenadamente y agachaban la cabeza, todos a la vez, como si recibieran una orden imperativa.

—Es... espantoso —farfulló Jackson.

Cooper lo reconvino, no debían hablar dentro de la nave.

De pronto el zumbido cesó.

Jackson hizo una seña a su amigo y corrieron a ocultarse detrás de la hilera de butacas ocupadas por los desgraciados pobladores robotizados de Creek Alley.

Cuatro hombres, enfundados en uniformes azules opacos,

inspeccionaron la estancia. Controlaban el líquido de aquellas extrañas escafandras y el dispositivo hundido en la cabeza de los seres agrisados.

Hablaban entre ellos y Cooper sintió que una espina helada se clavaba en su pecho cuando pudo comprender algunas palabras.

Aquellos seres de rostros grises y morfología totalmente humana hablaban una lengua muy parecida al inglés, era como un inglés modificado, pero comprensible.

Jackson extrajo el puñal de su cintura y señaló a dos de los tipos uniformados.

Cooper asintió y señaló a los otros dos.

Se movieron sigilosamente, apartándose para ocuparse de las dos parejas de seres.

Jackson saltó sobre el que tenía más cerca y le clavó su puñal en el cuello. Una sangre oscura brotó de la herida, pero Jackson ya estaba sobre el otro repitiendo la operación.

Cooper golpeó la cabeza de su primer oponente con la culata de su fusil, y aferró al otro del cuello y apretó la hoja de su puñal de combate bajo la nuez de Adán.

—Una sola reacción y te corto el cuello —dijo junto a la oreja del prisionero.

—No me moveré —dijo el personaje, en perfecto inglés.

—¿Quiénes sois? —preguntó Jackson.

—Somos hombres como todos vosotros —replicó el prisionero.

Tenía los ojos muy oscuros y la tez absolutamente gris, pero por lo demás era como cualquier otro terrícola.

—¿Hombres? —preguntó Jackson.

—Sí, hombres.

—¿De dónde venís?

El brazo de Cooper apretó su cuello y la hoja del puñal dejó una línea de sangre oscura en su piel.

—Sólo soy un *menor* —dijo el prisionero.

—¿Qué diablos quieres decir con que eres un menor?

—No puedo hablar con vosotros. Sólo el *Mayor* puede hacerlo.

Jackson miró a su alrededor. El proceso de robotización continuaba implacable a su alrededor. Todas aquellas extrañas personas, mujeres y hombres, eran cadáveres sostenidos por la extraña energía de la nave.

Una ola de furiosa indignación invadió su cerebro y alzó el puño para golpear el rostro del invasor.

—Me importa una mierda que tú seas un *menor*, voy a romperte todos los huesos.

El invasor lo miró con indiferencia.

—Debéis hablar con el *Mayor* —repitió imperturbable.

—¿Dónde está?

—En el futuro, el *Mayor* está en el futuro.

Jackson cruzó una mirada con Cooper.

—Este tipo está loco —dijo furioso.

—¿Cuántos sois en la nave?

—Veinte *menores* y la computadora.

—¿Por qué nos habéis invadido? ¿De dónde venís?

—Sólo el *Mayor* puede responderos.

—Voy a matarte —gritó Jackson.

—Un momento, Rudy. Trae una de las anillas, lo convertiremos en un robot.

Por primera vez el rostro del invasor adquirió una expresión distinta.

Sus ojos se arrugaron y la boca dejó al descubierto unas encías oscuras y sin dientes.

—¿Qué diablos…? —preguntó Cooper.

—Voy a convertirte en uno de esos miserables —amenazó Jackson, sujetándolo fuertemente por la mandíbula y acercando la anilla con la cucharilla a la nuca.

—No —dijo—, no lo hagáis, estaré perdido y no regresaré a mi tiempo.

—¿De qué diablos está hablando? —estalló Jackson.

—Dínoslo todo, desde el principio.

—En mi mundo necesitamos energía. Vosotros tenéis la energía necesaria para continuar viviendo, tenéis aire puro y un sol poderoso. En mi mundo se han acabado todas las reservas y nuestros cuerpos se han acostumbrado a respirar anhídrido carbónico, nuestro sistema bioquímico se ha ido modificando con el correr de los siglos y, por fin, a punto de perecer, hemos hallado la solución.

—Entiendo. La solución ha sido venir a nuestro planeta y expoliarnos, convertirnos en monstruos robotizados y arrebatarnos

nuestros depósitos energéticos, ¿no es así?

El invasor negó con la cabeza.

—No es vuestro planeta, hombres —dijo con absoluta serenidad.

—¿Qué quieres decir?

—Este planeta ha sido nuestro durante siglos, durante milenios, ¿es que no lo comprendéis?

—¿Comprender qué? —volvió a estallar Jackson.

—Nosotros, todos nosotros, los *menores* que hemos invadido vuestro tiempo somos terrestres, somos guerreros del futuro.

—¿Guerreros del futuro?

—Hemos venido a buscar energía al mismo planeta en el que vivimos, sólo que retrocediendo milenios en el tiempo, hasta alcanzar una época en la que todavía tenéis reservas.

—¡Cristo Santo! —exclamó Cooper.

—¿Por qué? —chilló Jackson—. ¿Por qué matar y robar?

—No tenemos tiempo.

—¿Por qué? —inquirió Cooper soltándolo y plantándose frente a él.

—Porque una vez en milenios se producen las condiciones precisas para un viaje como el que nosotros hemos realizado desde el futuro. Tenemos que darnos prisa, porque sólo contamos con tres meses antes de que el ciclo temporal vuelva a cerrarse y entonces deberemos aguardar el próximo ciclo temporal y para entonces mi civilización habrá perecido.

—No puedo creerlo, es... es demencial —dijo Cooper.

—¿Qué habéis hecho con nuestro planeta? ¿Habéis invadido todos los continentes? ¡Es imposible!

—Sí, ha sido una invasión conjunta. No podemos perder el tiempo y no es vuestro planeta. Es el nuestro desde hace mucho más tiempo. Somos los verdaderos amos de la Tierra. Hemos venido al pasado en busca de lo que nos pertenece. Nuestra civilización está agonizando.

—Tres meses —dijo Jackson—. Ha dicho que sólo tienen tres meses. ¿Qué ocurrirá luego? ¿Qué ocurrirá con las gentes que habéis robotizado?

—Morirán definitivamente cuando la computadora deje de enviarles su señal.

—Malditos hijos de perra.

La voz de Jackson en aquella estancia absurda parecía todavía más absurda. Como si fuese un soplo de indignación en medio de una catástrofe irremediable.

—Lucharemos —dijo Cooper.

—¿Cuánto tiempo os queda? —preguntó Jackson.

—Cuarenta días.

Una sutil modificación se apoderó del rostro cetrino del invasor. La carne se relajó sobre los huesos y se aflojó en forma de pequeños pliegues junto a los labios finos y prietos.

La boca desdentada se abrió ligeramente y junto a los ojillos muy oscuros una red de pequeñísimas arrugas se abrió como una mano de múltiples dedos en dirección a las orejas.

Parecía muy anciano y, a la vez, de un modo indefinible, infinitamente joven.

—¿Quién está al mando de la nave?

El invasor miró a Jackson como si no comprendiera la pregunta.

—*Ella* —dijo sin vacilar.

—¿Quién es *Ella*?

—La hija del *Mayor*, la computadora.

—¿Quieres decir que no hay ningún comandante?

—¿Comandante?

—Alguien que pueda tomar decisiones, un jefe —explicó Cooper.

—¿Jefe? ¿Para qué un jefe? ¿De qué decisiones me habláis? Tenemos al *Mayor* en nuestro tiempo y a *Ella* con nosotros.

De no ser por el macabro espectáculo de aquellas gentes robotizadas, el pueblo envuelto en la barbarie de los guerreros del futuro, el plan de devastación de la Tierra sin ningún respeto por el hombre, Cooper hubiese condescendido a emocionarse ante aquella explicación del invasor. Un anciano y poderoso jefe y una serie de ninfas tecnológicas para hacer respetar sus decisiones, las computadoras de la Tierra del futuro.

Era demencial, pero absolutamente cierto. Estaban en presencia del futuro, como si hubiesen podido atravesar el velo del tiempo, recorrer milenios en pocos segundos y hallarse de pronto, sin prejuicios ni tabúes, frente a la representación fidedigna de lo que sería el futuro de la humanidad.

Era verdaderamente diabólico.

Miles de preguntas se agolparon en la mente de Cooper y

Jackson procuraba buscar un hilo conductor para interrogar concienzudamente al invasor.

Sólo atinó a preguntar:

—¿Cuál es tu nombre?

—Abel —replicó el invasor, y la amarga ironía estuvo a punto de que los dos amigos prorrumpieran en carcajadas.

—¿Hay alguna mujer con vosotros?

—No.

—¿Qué edad tienes? —inquirió Cooper.

—¿Edad? Somos inmortales, sólo necesitamos vuestra energía para continuar viviendo.

Cooper miró a Jackson. Sentía que una finísima película lo separaba de la locura total. Era demasiado para ellos.

—Tenemos que detener vuestra operación —dijo Cooper.

—No es posible, el *Mayor* la ha programado y necesitamos vuestros recursos. No nos interesan vuestras pequeñas pasiones de primitivos, nosotros somos el futuro, ¿es que no lo comprendéis?

No había crueldad ni burla ni apasionamiento en el invasor del futuro, sólo la convicción de que llevaba a cabo una operación absolutamente natural.

—¿Dónde están tus compañeros?

—¿Compañeros? —preguntó.

—Los otros *menores*.

—En el yacimiento —replicó Abel.

—¿Todos?

—Todos menos uno, el *menor* que está con *Ella*.

—¿Dónde?

—En el centro de captación.

—Vamos allí —dijo Jackson.

Cruzaron aquella estancia-laboratorio a la que continuaban llegando contingentes ya robotizados para recibir la energía necesaria para regresar al trabajo, en el yacimiento de uranio.

Un minúsculo cilindro los depositó en el disco acristalado que los dos amigos habían visto desde su refugio, en la montaña.

—Tú —dijo Cooper y Jackson se precipitó sobre el *menor* que manipulaba los controles de una monumental computadora.

El hombre era muy parecido a Abel y su tez cetrina, gris topo, parecía cubrir una telaraña de arrugas finísimas como capilares en

la superficie de su rostro.

—¿Entiendes algo de esto, Jackson? —preguntó Cooper señalando la computadora.

—Nada.

—Tendremos que destruirla a balazos.

—¿Qué ocurrirá si la nave estalla?

—Es un riesgo que debemos correr.

—Un momento, Coop…

Clark miró a su amigo. Jackson parecía haber llegado a una idea que lo espantaba.

—Los niños —dijo—, ¿dónde están los niños? No hemos visto a ningún niño desde que estamos aquí.

Cooper se volvió hacia el primer invasor.

—Abel, ¿dónde están los niños?

—Necesitamos hombres, no niños —replicó el invasor.

—¿Qué habéis hecho con ellos?

—Los hemos convertido en hombres.

—¿Qué…? —exclamó Jackson y su rostro oscuro y barbado parecía a punto de estallar.

—Hemos acelerado su crecimiento mediante el proceso de germinación biológica. Los habéis visto en el laboratorio donde estabais ocultos.

—¿Quieres decir que… todos esos hombres y mujeres con la cabeza sumergida en las escafandras…?

—Todos ellos han crecido y…

Jackson golpeó con ferocidad al invasor en el rostro y el hombre del futuro cayó desmadejado en el suelo.

Presa de un ataque de nervios, Jackson y Cooper dispararon sus armas contra la computadora y destrozaron sus paneles, sus circuitos y sus placas hasta que la estancia se llenó de un humo oscuro y acre y el zumbido que emitía la nave cesó como por arte de magia.

Cuando agotaron los cargadores comprobaron que el segundo invasor yacía inerte en el suelo.

Cooper recargó su arma y acabó con ellos de sendos disparos.

—Hemos de acabar con todos ellos. Quedan unos quince en el yacimiento.

El regreso hasta la escotilla fue penoso, debieron descubrir el

modo de salir sin utilizar los mecanismos que accionaban los elevadores y que estaban definitivamente destruidos junto con la computadora.

Al atravesar el laboratorio comprobaron con una cierta pena no carente de alivio que aquellos seres robotizados y dependientes de las directivas bioenergéticas de la computadora estaban definitivamente muertos.

—¿Niños...? —preguntó Cooper echando un vistazo a la hilera de adultos con las cabezas sumergidas en aquellas escafandras de germinación biológica.

—Vamos, hermano. Larguémonos de aquí. Tenemos que desembarazarnos del resto de los guerreros del futuro.

Jackson aseguró el garfio y la cuerda que llevaba en su mochila y lo lanzó al vacío. La cuerda llegaba unos cuatro o cinco metros del suelo pero no tenían otra opción. La nave estaba llenándose de aquel humo oscuro y acre y toda la enorme estructura parecía temblar imperceptiblemente.

Cooper fue el primero en descolgarse por la cuerda y se dejó resbalar aun cuando la fricción del cáñamo en sus guantes de nieve los destrozó por completo.

Se detuvo en el extremo, se balanceó ligeramente y saltó hacia la nieve. Cayó flexionado en el instante en que un rayo luminoso y finísimo chocaba contra el fuselaje de la nave. Extrajo el *Magnum* y disparó hacia el guerrero de uniforme azul que lo encañonaba con un extraño aparato sujeto a su pecho.

El disparo lo alcanzó en medio de aquel aparato sujeto al pecho y estalló como si fuese un globo.

Cooper desató el fusil que llevaba colgado a la espalda y cubrió el descenso de Jackson.

Una humareda espesa comenzó a escapar de la nave y el temblor que habían percibido antes se hizo más y más potente hasta convertirse en un bamboleo oscilante que conmovió toda la poderosa estructura oscura.

—Vamos, tenemos que alejarnos de aquí; me parece que en cualquier momento va a estallar en mil pedazos —bramó Cooper.

Jackson lo sujetó por las piernas en el momento en que se ponía de pie para iniciar la carrera, y mientras Cooper caía de bruces sobre la nieve la metralleta *Uzi* de Jackson buscó su blanco en el

grupo de invasores que corría hacia ellos.

Desde el suelo, con el fusil en la cara, Cooper no desperdició sus disparos.

Cinco invasores quedaron tendidos sobre la nieve.

Los dos amigos se pusieron de pie y echaron un vistazo a su alrededor.

—Vamos, tenemos que buscarlos en el yacimiento.

Jackson lo miró especulativamente.

—¿Qué te ocurre, Jack?

—Ve en busca de la motocicleta y ven a buscarme. Yo iré hasta el yacimiento. No podremos largamos rápidamente si perdemos tiempo y esta nave va a explosionar de un momento a otro. No me sorprendería que tuviera algún mecanismo de autodestrucción como los aviones espías terrestres.

—Ve tú en busca de la motocicleta, hombre —dijo Cooper.

—Ha sido idea mía, compañero —rio Jackson y se lanzó a la carrera, en zigzag hacia el extremo de la plaza, buscando la calle que conducía al edificio que daba acceso al yacimiento.

Cooper se dio la vuelta y corrió en busca de la motocicleta.

Llegó hasta el extremo del pueblo donde había hallado a Jackson y trepó a la motocicleta.

Del otro lado del puente, a unos quinientos metros, junto al edificio del aserradero pudo ver el *Land Rover* aguardándolos.

Y vio también algo más, cuatro figuras azules aproximándose al vehículo ocultos por los matorrales de la orilla del río.

—¡Linda! —gritó, pero el zumbido de la nave era ensordecedor.

Miró desesperado hacia donde había ido Jackson y luego hacia la muchacha.

Los cuatro invasores estaban muy cerca de ella. No tenía opción, puso la primera marcha y en una sola rueda, la máquina erguida como un potro bravío, se lanzó en dirección al puente.

Con la mano derecha sujetó el acelerador y con la izquierda aferró el fusil.

Linda, dentro del *Land Rover*, lo vio aproximarse y abrió la portezuela. Bajó del vehículo y comenzó a agitar las manos.

—¡Linda! —aulló Cooper, y llevándose el fusil a la cara comenzó a disparar contra los invasores. Pero estaba muy lejos y la máquina se movía como una fiera ciega. Imposible dar en el blanco.

No llegaría a tiempo.

Detuvo la motocicleta, estaba a doscientos metros del puente.

Casi pudo adivinar la expresión estupefacta de Linda cuando se apeó de la máquina.

La vio incluso dar algunos pasos alejándose del *jeep* y aproximándose al sitio donde se ocultaban los invasores.

Cooper respiró hondo, aguantó la respiración, apoyó el codo izquierdo en el asiento de la motocicleta y apuntó cuidadosamente al invasor que estaba más cercano a la muchacha.

Disparó una salva de control de distancia y los disparos salpicaron en el agua del río, treparon por la orilla y reventaron la espalda del blanco elegido.

Cooper no se detuvo, continuó disparando en la misma línea y alcanzó al segundo y al tercer invasor que cayeron aparatosamente al río.

Y entonces se quedó sin balas.

Extrajo desesperadamente el cargador y buscó uno nuevo en su cinturón. No podía dejar de mirar a la muchacha que se había quedado paralizada de terror a pocos metros del *jeep*.

El último invasor salió de su escondite y avanzó hacia Linda.

Cooper encontró el cargador y lo introdujo en el fusil, sólo que ya no podía disparar. El invasor se había interpuesto en la línea de tiro, estaba entre él y Linda. No podía hacer fuego sin que sus disparos alcanzaran también a la muchacha.

Sintió que su corazón latía con frenesí y su pecho se congelaba de dolor.

Y precisamente entonces ocurrió algo que prácticamente no había tenido en cuenta.

Vio cómo Linda se arrojaba de bruces al suelo y en su mano aparecía el pequeño pájaro negro de la pistola calibre 25. Por sobre el trepidar enloquecido de la nave pudo oír los cuatro estampidos de la pequeña pistola y cuando el invasor se dobló en dos Cooper ya había montado en la motocicleta y, dando la vuelta con rapidez, se lanzó a toda velocidad hacia el sitio en que lo aguardaba Jackson.

Los disparos eran muy espaciados.

Cruzó la plaza en diagonal y llegó hasta la calle que terminaba precisamente en el edificio de acceso al yacimiento.

Aceleró a fondo cuando vio que tres invasores avanzaban hacia

el sitio donde se había refugiado Jackson.

No escuchó más disparos.

Extrajo el *Magnum* y arremetió contra los guerreros del futuro. El enorme revólver parecía querer huir de su mano cada vez que apretaba el gatillo, pero a una distancia de diez metros hizo blanco en dos de los tres invasores, antes de que la motocicleta resbalara hacia el costado y lo arrojara sobre la nieve girando como una peonza.

Se puso de pie. Estaba mareado, pero no sentía ningún dolor.

El invasor indemne disparó su rayo contra el sitio en que estaba Jackson, pudo sentir el grito de dolor de su amigo justo cuando comenzaba a correr hacia el agresor, el fusil y el *Magnum* habían volado con su caída, por lo que instintivamente echó mano al puñal de combate, estiró el brazo por encima de la cabeza y lo arrojó con fuerza hacia el invasor en el momento en que se volvía hacia él.

El puñal se clavó en el cuello del hombre gris y lo arrojó hacia atrás. Cayó de espaldas sujetándose el cuello como si pudiese impedir que los borbotones de sangre negra escaparan de su cuerpo.

Sin ninguna compasión, con un movimiento reflejo, Cooper recuperó su puñal, lo limpió en el mono azul del invasor y lo devolvió a su funda.

Se acercó corriendo hacia el sitio donde había caído Jackson.

Estaba desvanecido y tenía el hombro izquierdo destrozado, como si hubiese sido quemado por un soplete electrógeno.

—Jack... Jack...

No hubo respuesta.

Lo cargó sobre sus hombros y se dirigió hacia la motocicleta.

Lo sentó delante de él y lo sujetó a su cuerpo con las correas de la mochila.

—¿Coop...?

—Cálmate, todo ha salido bien.

—Cuatro, Coop, faltan cuatro...

—Tranquilo, todos están liquidados.

Sintió el cuerpo de Jackson relajarse entre sus brazos. Había vuelto a desmayarse.

Puso en marcha la motocicleta y se lanzó hacia el puente. Atravesó como una tromba el centro del poblado donde la nave parecía a punto de despegar, derrapó varias veces y a duras penas

consiguió controlar la furia del motor pero finalmente llegó hasta la ribera del río.

—¡Cooper! —gritó la muchacha.

Linda estaba detrás del volante del *Land Rover* con el motor en marcha.

Clark detuvo la motocicleta y con la ayuda de Linda depositó el cuerpo inerme de Jackson en la parte posterior del *jeep*, sobre las bolsas de dormir.

—Ocúpate de él, amor. Yo me haré cargo del volante, debemos largarnos de aquí. Esto va a estallar de un momento a otro.

Hizo girar en *Land Rover* y se lanzó a toda velocidad por el camino que se alejaba del pueblo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó la muchacha.

—Ya te explicaré. ¿Cómo está Rudy?

—He detenido la hemorragia, creo que lo han herido con un láser.

—¿Un láser? ¡Cristo! ¿Perderá el brazo?

—No, se recuperará.

—Gracias a Dios, tenemos una lucha infernal por delante, una lucha de cuarenta días.

El camino se perdía detrás de las colinas, alejándolos de Creek Alley.

Habían marchado a los tumbos, a una velocidad demencial por la carretera resbaladiza durante una media hora cuando una explosión monstruosa conmovió la tierra y el *Land Rover* se precipitó contra la ladera de la montaña.

Cooper consiguió devolverlo al centro de la carretera y se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Linda.

—El final de la nave —dijo Jackson con una sonrisa pálida en los labios.

Cooper sonrió, besó en los labios a Linda y encajó la primera marcha.

—Amigos —dijo—, la lucha recién comienza.

Detrás de ellos, más allá de las colinas, una nube negra y amarilla trepaba al cielo cubriendo el horizonte irregular y nevado.

—¿Quiénes eran? —preguntó la muchacha.

—Nosotros —replicó Jackson con un tono lúgubre—, éramos

nosotros dentro de miles de años.

Cooper apretó el volante con sus manos y hundió el pie en el acelerador.

FIN